

Selección

TERROR

LOU CARRIGAN

MI BELLA MONSTRUO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

258 — Macabra colección, *Ralph Barby*.
259 — Trece monedas de muerte, *Clark Carrados*.
260 — Londres 1888, *Curtis Garland*.
261 — El cadáver está con nosotros, *Ray Lester*.
262 — El circo del miedo, *Curtis Garland*.

LOU CARRIGAN

MI BELLA MONSTRUO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 263
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 1.245 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Eva Lamarr giró en la cama, se abrazó a Reginald Marks, y le besó en uno de los velludos pectorales. Acto seguido, emitió una risita deliciosa. Marks puso una mano en la curvadísima cadera de la muchacha y la deslizó, cosquilleando, hacia los senos.

—¿De qué te ríes? —preguntó sonriendo.

—Me hace gracia —rió de nuevo ella.

Marks frunció el ceño.

—¿Te hace gracia estar en mi cama conmigo? —gruñó.

—No... Eso me gusta. Me hace gracia pensar la cara que pondría nuestro amado jefe del Servicio Secreto de Su Majestad si supiese que tú y yo nos entendemos tan bien.

—Pues es cierto —sonrió ahora también Marks—. ¡A mí también me gustaría verle la cara!

—Me parece que no le haría mucha gracia.

Marks se acercó más y besó a la muchacha. Se llamaba Eva Lamarr, tenía veinticuatro años, y era sencillamente despampanante. Considerando que Eva Lamarr era una espía, eso podía bastar para confeccionar su ficha personal. Pero habría sido un crimen omitir que Eva Lamarr era alta, elegante, de formas divinas, de piel dorada como el mismísimo oro, de rostro dulce, maravilloso, con sus grandes ojos azules y su preciosa cabellera rubia. ¡Y una boquita...!

—Seguro que no... —Asintió Reginald, después del beso—. Preferiría ser él quien se acostase contigo.

—¡Oh, Regie...!

—¡Oh, narices...! ¡Ese viejo sádico te desnuda con la mirada siempre que te tiene dejante!

—Bueno, pero tú me desnudas con las manos... ¡Yo diría que sales ganando! Y de verdad, Regie: ¿qué crees que diría el viejo ogro si supiese que dos de sus agentes se acuestan juntos en cuanto tienen ocasión?

—Ya te lo he dicho: me envidiaría.

—¿No se lo vamos a decir?

—¿Para qué? Ya me tiene bastante manía. No para de enviarme a todas partes. Diríase que se ha propuesto que me agujereen el pellejo.

—La culpa es tuya, por ser el mejor hombre de su sección.

—¿Vas a pedirme un regalo...? —sonrió de nuevo Marks.

—Claro que no. Sólo digo la verdad: ¡el gran Marks, el más astuto e intrépido agente de Su Majestad...!

—¡Tatachíiiiiiiinnn!... —cantó teatralmente Marks—. ¡Paso al gran Marks, el gilipolla que más veces se juega el pellejo! ¡Tatachíiiinnn!

Eva se echó a reír, divertidísima. Luego besó a Marks en el cuello y susurró:

—¿Quieres que prepare algo de beber?

—Buena idea. De cuando en cuando, hay que tomarse un descanso, y un trago crea ambiente en ese sentido.

—Pero si ya estás de descanso... ¡Tenemos los dos cuatro días de vacaciones!

—Lo sé. Y es que el viejo ogro te cree a ti de viaje por Escocia. Pero no estás en Escocia, sino aquí, en mi cama... ¡Y de eso es de lo que tengo que descansar, mi bella gatita!

—Pero sólo unos minutos —susurró ella.

Entonces, en vez de martini con champaña, tráeme aceite de hígado de bacalao. O cualquier otra clase de vitaminas.

—No las necesitas —susurró Eva Lamarr.

Se apretó fuertemente contra él y le besó en la boca. Los velludos brazos de Marks rodearon el precioso cuerpo femenino. Pura seda. Una delicia. Naturalmente, Marks se había acostado con muchas damas, pero ninguna como Eva Lamarr. Era hermosa, inteligente, ecuánime, serena, razonable, organizada... ¡Y amaba como los ángeles! Y cuando besaba en la boca de aquel modo, Reginald Marks sentía algo así como tremendos bocinazos en sus oídos, la cabeza le daba vueltas, la sangre se ponía a rugir dentro de su cuerpo, y... Pues eso.

De modo que el martini con champaña tuvo que esperar sus buenos quince minutos, a que Marks terminase de oír bocinazos, que se convirtieron en estampidos de cañón cuando la cosa se completó como es de naturaleza.

Eva quedó con los ojos cerrados, emitiendo un lento, profundo, silencioso suspiro. Y él la besó en los ojos.

—¿Feliz? —musitó.

—¡Regie —ella abrió los ojos—: yo te amo.

El rostro de él quedó serio, de pronto. Luego asintió, con grave gesto.

—Si —murmuró—. Eso es lo malo, Eva: podíamos haber sido como tantos otros, que se gratifican uno a otro durante una temporada, y luego se dicen adiós. ¡Y tan amigos! Pero no: hemos tenido que enamorarnos.

—¿Tú también me amas? —exclamó ella.

—Así están las cosas —farfulló Marks—, Es decir, de lo más complicadas. La gente de nuestra profesión baja de rendimiento cuando se casa, cuando crea un lazo afectivo serio y profundo. Si a mí me envían a Madagascar y a ti a la Argentina, los dos rendiremos menos de lo habitual hasta ahora, porque no nos concentraremos lo suficiente en la misión: estaremos pensando el uno en el otro, en qué le pasará, si lo matarán o no, y cosas así. Mal asunto, mi bella gatita.

—Podemos... dejarlo correr —se, tensó la voz de ella.

—No sé tú, pero yo ya no estoy a tiempo: no podría vivir sin ti.

—¿Estás... hablando en serio?

—Completamente.

—¡Oh, Regie!... ¿Qué vamos a hacer?

—Sólo se me ocurre una idea. Una sola, pero muy buena: seguir amándonos, y que la vida siga. Y ahora que hemos cometido la tontería de sincerarnos sentimentalmente..., ¿qué hay de esos tragos?

Eva le besó rápidamente en la boca y saltó de la cama. Sus formas vibraron con dulce elasticidad, y Reginald Marks cerró un instante los ojos. Era bellísima, sin duda. Pero no era eso sólo lo que había hecho claudicar, finalmente, al espía británico, sino todas las demás cualidades de...

De pronto, Marks oyó el golpe de algo contra el suelo. Abrió los ojos y no vio a Eva. Tras un instante de desconcierto, se sentó rápidamente en la cama.

—¡Eva! ¿Qué...?

La vio entonces, tan hermosa, tan desnuda, con el pie derecho dentro de la zapatilla correspondiente, descalza del pie izquierdo. Estaba tendida en el suelo, cerca de los pies de la cama. La intención inmediata de Marks fue saltar de la cama, y así lo hizo... Es decir, comenzó a hacerlo. Giró, puso los pies en el suelo... y entonces le pareció que su cabeza salía disparada de sus hombros, dando millones de vueltas.

* * *

Abrió los ojos, y vio el suelo, la confortable moqueta... Un poco más allá, el cuerpo caído de Eva Lamarr. Parpadeó, y la visión se le aclaró un poco. Sacudió la cabeza tras incorporarse un poco, y la visión se aclaró más. Estilando los párpados, aún consiguió mayor nitidez en las imágenes. Se deslizó hasta donde había caído Eva Lamarr, de bruces, como él mismo, y le dio la vuelta.

—Eva, Ev...

Un relámpago helado recorrió la columna vertebral del espía británico Reginald Marks, al ver el rostro de Eva Lamarr.

Aunque..., ¿realmente era un rostro lo que estaba viendo? La estupefacción dio paso al terror cuando la mirada de Marks se deslizó por el cuerpo de Eva. ¿El cuerpo de Eva? ¿Realmente? No... No podía ser ella. ¡Claro que no! El cuerpo que tenía tendido ante él era menos..., menos voluminoso, de menor estatura. La carne estaba arrugada, había pliegues de blandura en el vientre, los pechos colgaban como bolsas vacías hacia los lados del flaco torso. La carne de los hombros, de los esplendidos muslos de Eva, de sus preciosas pantorrillas, estaba ajada, flácida. El cabello, ¡su hermoso cabello rubio!, parecía... un estropajo. Y su rostro...

—Dios... —jadeó Marks—. ¡Dios mío!

¡Aquél no podía ser el rostro de su bella gatita! Los delgados labios, los amarillentos dientes, las arrugadas mejillas, las... horribles deformaciones en todo el rostro eran horribles. Había... verrugas, pegotes de carne roja, negros lunares con largos pelos hirsutos... Un ojo era más pequeño que el otro. Alzó el párpado del ojo pequeño y vio la negra y diminuta pupila. Alzó el otro párpado y entonces vio la otra pupila, de un color azul gris, como desvaído.

Casi no tenía cejas. Y, por supuesto, ni una sola pestaña.

Reginald Marks notaba dentro de su cabeza como mil martillos dando golpes. ¡Bom, bom, bom, bom...!

Era una pesadilla.

¡Claro, eso tenía que ser: una pesadilla! Sencillamente, se había dormido abrazado a Eva, después de hacer el amor una vez más en el primer día de aquel «larguísimo)» permiso de cuatro días, y ahora estaba teniendo una horrenda pesadilla.

Caramba., menos mal... ¡Una pesadilla! ¡Qué horror! Convenía despertarse, claro. ¡Y cuanto antes!

Pero el estado sensorial de Reginald Marks no variaba. Seguía allí, contemplando el horrendo espectáculo de Eva Lamarr, su amor, que ahora era... un monstruo. No podía soportarlo más, tenía que despertar. ¡Tenía que despertar en seguida! Así que Marks se abofeteó tres o cuatro veces, con cierta rudeza. Pero la imagen de Eva no cambiaba.

Reprimiendo su repugnancia, Marks tomó con dos dedos, como si fuesen pinzas, el rostro de Eva, y, lo zarandeó.

—Eva... ¡Eva! ¡Por Dios, despiértame! ¡Eva!

—¿Acaso cree usted que está durmiendo..., señor Marks?

El espía británico dio un brinco tal, que quedó en pie y mirando ya hacia el lugar donde había sonado aquella voz desconocida. La cabeza le dio vueltas vertiginosas.

Cerró los ojos y estuvo así unos segundos, mientras de nuevo oía aquella voz:

—Eso son los efectos del gas. Pronto se le pasarán.

—¿Quién es usted? —jadeó Marks.

El hombrecillo descruzó las piernas y se alzó del silloncito donde había estado sentado.

—Puede llamarme Klom. Doctor Klom. En cuanto a usted, no hace falta que se presente. Desde hace bastantes días me he interesado por usted, y sé todo lo que me conviene saber.

—No comprendo... ¡No comprendo nada!

—Le aseguro —sonrió Klom— que no está soñando, señor Marks.

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Qué le ha pasado a Eva... a mi...?

—¿A su amada? ¡Oh!, no se preocupe demasiado... Todo volverá a ser como era si usted se muestra razonable. Es usted mi hombre, señor Marks.

—¿Su hombre? ¿Qué quiere decir? ¿Qué... le ha ocurrido a Eva?

—Una pequeña... transformación eventual. Si observa usted la cara interna de su codo derecho, verá que ha sido pinchada. He introducido en su cuerpo una sustancia de mi invención cuyos efectos son en verdad desagradables. ¿No está de acuerdo?

Marks se había inclinado ya junto a Eva, y, en efecto, vio el pinchazo de la aguja en la cara interna de su codo derecho. Se incorporó de nuevo, fruncido el ceño.

—Esta... mujer no puede... ser Eva —musitó.

—¿Eso piensa? —Sonrió de nuevo el doctor Klom—. Bien, en ese caso no hace falta que yo me moleste en hacerle mi proposición, ya que no la aceptaría. ¿Por qué iba a complicarse usted la vida por una mujer que no es su amada Eva? Voy a marcharme, señor Marks.. Pero piénselo bien: si me marcho, jamás volverá a verme, porque buscaré a otro espía, aunque no sea de su categoría. Y si no vuelve a verme, nadie en el mundo podrá retornar a la señorita Lamarr a su estado normal. Sólo yo conozco lo que, en términos vulgares, podría llamar el antídoto a la sustancia que le he inyectado antes, mientras los dos dormían bajo los efectos del gas que introduje en su apartamento por debajo de la puerta.

—¿Nos ha narcotizado?

—Efectivamente. Luego entré, inyecté la sustancia a la señorita Lamarr... y he esperado a que usted despertase. Tengo algo que proponerle. Si usted me complace, su bella amiga volverá a ser como era.

Reginald miró de nuevo al ser que tenía junto a sus pies. Uno de los de ella estaba calzado, el otro no ¿Cómo podía ser Eva aquel ser... tan repugnante?

—Me parece que sigue sin creer lo que está viendo con sus propios ojos —refunfuñó Klom—. Así que adiós, señor Marks. No tengo ya mucho tiempo que perder. Bastante he perdido durante mi estancia en Europa buscando al hombre que necesitaba. La verdad, creí que un hombre de sus cualidades sabría reaccionar más adecuadamente. Por fortuna, he indagado lo suficiente en estas semanas, así que conozco a otros hombres de sus características aproximadas. Quizá con ellos tenga más suerte.

—¿Usted está buscando a alguien para que le haga algún trabajo? ¿Y me eligió a mí?

—Me pareció el mejor. No sólo por sus cualidades admirables como espía y hombre de acción, sino, precisamente, porque usted amaba a alguien. Los hombres como usted no suelen estar unidos sentimentalmente a nadie. Usted, sí; le he estado... espiando. A los dos, claro. Así que he forzado la situación. Si le hubiera amenazado a usted para ponerle a mi servicio, o le hubiera ofrecido dinero, sé que no habría aceptado. Pero pensé que sí aceptaría hacerme un pequeño servicio a cambio de... recuperar su felicidad y su amor. Sé muy bien que esto es una presión, un chantaje, pero le necesito, señor Marks.

—¿Es usted de algún servicio de espionaje?

—Claro que no. Soy un particular... que necesita un hombre de sus facultades.

Reginald Marks volvió a mirar a Eva, se estremeció, se pasó las manos por la cara y fue a sentarse en el borde de la cama, todavía insensible al hecho de que estaba completamente desnudo. Estuvo como absorto unos segundos. Por fin, alzó la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí? —susurró.

—Nada que no pueda usted hacer, se lo garantizo.

—Está bien, está bien. ¿De qué se trata?

—Tendrán que ir los dos a Singapur...

—¿Ella también? —señaló Marks a Eva.

—Sí, sí. Es indispensable. Ya le he dicho que les he elegido muy bien. En realidad, cuando supe que eran dos espías que se amaban no podía creer en tanta suerte. Y le aseguro que eso simplifica mucho las cosas... para todos. Les voy a dar un día de tiempo para que preparen su viaje, mientras yo ultimo algunos detalles. Espero tenerlo todo preparado para iniciar mañana por la noche nuestro Viaje en vuelo privado hasta Singapur, donde tengo dispuesto para usted un alojamiento adecuado...

—¿Y para ella no?

—No. Ella estará en otro lugar. Es decir, si usted puede convencerla para que colabore, lo que, como ya he dicho antes, simplificaría mucho las cosas.

—¿Qué cosas?

—Durante el viaje tendremos tiempo de sobra para aclarar todos los puntos convenientes, señor Marks Ahora tengo que marcharme. Mañana por la noche enviaré a un hombre con un coche a recogerles, para llevarles al aeropuerto de Heathrow. ¿De acuerdo?

Reginald Marks asintió en silencio, sombrío el rostro. De pronto señaló a Eva Lamarr:

—¿Y ella? ¿Por qué no despierta? ¿Qué le pasa además de... eso...?

—Evidentemente, ella tiene menos resistencia que usted, así que quizá tarde todavía unos minutos en recuperarse de los efectos del gas. Pero no se preocupe: la señorita Lamarr está bien, y volverá a estarlo completamente cuando usted haya cumplido su misión. Bien. ¿Hasta mañana, señor Marks?

—Sí —musitó Reginald, bajando la cabeza.

Cuando la alzó, al oír un gemido proferido por Eva, ya no vio allí al doctor Klom.

CAPITULO II

Reginald Marks estaba mirando atentamente a Eva Lamarr cuando ésta abrió los ojos. El espectáculo era terrible: un ojo pequeño y negrísimo, el otro, más grande, azul gris desvaído, más horrendo aún que el negro.

Durante unos segundos. Eva Lamarr, con algunos parpadeos, estuvo mirando el techo. Seguramente, como le había ocurrido a Marks, no veía demasiado bien, de momento. Pero muy pronto, evidentemente, su visión se aclaró, porque los ojos giraron, en busca de algo... Al ver a Marks inclinado sobre ella, Eva Lamarr sonrió.

¿Sonrió?

En su horripilante rostro apareció una mueca escalofriante cuando sus labios se estiraron y sus dientes amarillentos quedaron más visibles. ¿Realmente era una sonrisa?

Entonces, ella vio su mano, que había apoyado en la mejilla izquierda de Reginald Marks. Un gesto que debía ser de estupor apareció entonces en su rostro. Se quedó mirando la mano, miró luego los ojos de Marks, de nuevo su mano... y otra vez quiso hablar. Se llevó ambas manos a la garganta. Luego se miró ambas manos.

—No te preocupes susurró Marks, con voz ronca—. Todo va bien, mi amor.

Otra vez intentó ella hablar, sin conseguirlo. Otra vez miró sus manos. De pronto, miró su cuerpo. Una de sus manos como garras agarraron un pecho; sus ojos lo miraron. Un grito escalofriante brotó entonces de la boca femenina. Eva Lamarr se sentó de un salto, y sus senos llegaran, con la punta, casi hasta la ingle.

—No es nada. —Casi tartamudeó Marks—. ¡No es nada! Te lo explicaré todo y te tranquilizarás. Hemos caído en una trampa, tenemos algo que hacer en Singapur, para un hombre que dice llamarse doctor Klom, que ha conseguido localizarme. Mañana por la noche enviará a uno de sus hombres a buscarnos.

La tomó de un brazo, y ella miró su mano. Al ver aquella hermosa mano masculina sobre su flaco y arrugado brazo, lanzó otro grito gutural, y se desasió de un tirón. Se puso en pie, y corrió hacia el espejo del cuarto de baño anexo.

Al ver aquella imagen en el espejo, Eva Lamarr quedó unos segundos como paralizada. Luego, se tocó ¿a cara, y vio que aquella imagen hacía lo mismo. Guiñó los ojos, y la imagen lo hizo también. Se tocó las mejillas, la nariz, se estiró el estropajoso cabello...

Eva Lamarr comenzó a gritar enloquecida en el momento en que Reginald Marks aparecía en la puerta del cuarto de baño. Y antes de que él pudiese impedirlo, Eva se lanzó de cabe?» contra el espejo, sin dejar de gritar horrendos sonidos ininteligibles.

—¡AAAGAAA... RRRRRGGGrrrr... AAAaaaAAA!...

Demudado el rostro, Marks saltó hacia ella y la sujetó.

—¡Eva, no es nada, no es nada!... ¡Déjame explicártelo!

—¡RRRRGGGGGGaaaarrrrr!

Las manos de Eva Lamarr fueron hacia el rostro de Marks, que la soltó y saltó hacia atrás, a tiempo de que las fuertes uñas curvadas se hundieran en su carne. Apenas libre, Eva Lamarr volvió a tirarse de cabeza contra el espejo, gritando sin parar, cada vez más enloquecido. Comenzó a lanzar manotazos a todas partes, derribando frascos, cepillos, útiles de asco, arrancó las toallas» se tiró contra la pared.

Marks volvió a saltar hacia ella, sujetándola ahora fuertemente, rodeándola con los brazos.

—¡Eva, déjame que te lo explique! —gritó—. ¡Cálmate, tienes que escucharme!

—¡AAARRRGGG...! ¡RRRGGGaaagggrrr...!

—¡Tranquilízate!

La rodilla derecha de Eva Lamarr se alzó con fuerza, golpeando a Marks en los testículos. El espía lanzó un grito, y la soltó. Ella se abalanzó hacia las tijeras que habían caído al suelo, las alzó sobre su pecho, y seguramente habría hundido allí el acero si Marks no hubiese llegado a tiempo de sujetarla de nuevo. Pero esta vez lo hizo mejor: con una mano sujetó la de ella que empuñaba las tijeras, y con la otra apretó, como un pellizco, en un lado del cuello de Eva Lamarr, que emitió un profundo sonido y perdió instantáneamente el conocimiento, quedando suspendida de los brazos del agente británico. Las tijeras rebotaron en el suelo.

Sudando de angustia, Marks sacó a Eva Lamarr del cuarto de baño, y la depositó en la cama. Se estremeció al ver sus hermosos pechos convertidos en aquellos despojos. ¡Los hermosos, turgentes, bellísimos pechos de Eva! Incluso, en alguna ocasión, ellos habían bromeado sobre sus pechos, riéndose del tópico de que las mujeres inglesas no suelen tenerlos muy desarrollados. No era éste el caso de Eva Lamarr. Marks se había sentido como en el más perfumado paraíso cuando los admiraba.

Cuando salió al dormitorio, Eva estaba recuperando el conocimiento.

Casi medio minuto más tarde, el monstruoso ser contemplaba al apuesto espía, de pie ante ella.

Y de pronto, Eva Lamarr rompió a llorar. Eran unos sonidos desgarradores. De sus ojos no brotaba ni una sola lágrima, pero Marks se dijo que aquellos sonidos sólo podían corresponder al llanto.

Se arrodilló ante ella, y le acarició una rodilla, dulcemente.

—Llora, mi amor... Llora cuanto quieras. Eso te tranquilizará. Tienes que estar muy tranquila, para escuchar lo que tengo que decirte, ¡Tienes que escucharme con atención, y hacer todo lo que yo te diga! ¿Me entiendes?

Ella asintió con la cabeza, sin dejar de proferir aquellos escalofriantes sonidos de llanto sin lágrimas.

—Está bien —aprobó él—. No tenemos prisa, así que llora cuanto quieras, mi bella...

Iba a decir mi bella gatita, pero las palabras se le quedaron atragantadas.

¡Mi bella gatita...!

En aquellas circunstancias, Reginald Marks no podía pronunciar esas palabras. Habría parecido una burla, un escarnio. Lo único que habría podido decir era mi bella monstruo.

* * *

A la noche siguiente, en electo, un hombre llegó a recoger con un coche a Reginald Marks y a Eva Lamarr. Era un hombre de raza blanca, sin relieve alguno; como el coche, indudablemente, de alquiler. Todo alquilado. Con seguridad, aquel hombre había sido contratado para hacer eso, y nada más. Luego, se le pagaría, y lo despedirían. Todo lo que sabría sería que había llevado al aeropuerto a un hombre, y a una mujer que ocultaba el rostro con un pañuelo de seda, y que, a su juicio llevaba demasiada ropa. Incluso guantes. Debía tener frío. Muy bien.

En el aeropuerto, les estaba esperando una avioneta, en el más lejano extremo de las pistas. En la avioneta, además del piloto, había tres hombres más, todos, como Klom, de raza china... ¿O malaya, vietnamita? No. Era chino, sin duda alguna. Y como los dos espías no habían oído jamás ese nombre en las nomenclaturas chinas, dedujeron, sin esfuerzo alguno, que Klom era, simplemente, el nombre que utilizaba el extraño personaje.

Todavía tuvieron que esperar casi una hora antes de conseguir la autorización de la torre de control para despegar. Y durante ese tiempo, nadie dijo nada.

Sólo cuando ya estuvieron volando hacia el Sur, el llamado doctor Klom, sonrió amablemente, y mirando a Eva Lamarr preguntó:

—¿Cómo se siente?

Habían desplazado dos filas de asientos dobles de modo que pudiesen viajar de frente, Eva, Reginald, Klom y uno de los chinos. Los otros dos ocupaban otra fila de asientos, detrás de Reginald y Eva, que iban de frente a la marcha, mientras Klom y el otro chino iban de espaldas.

Eva Lamarr intentó responder, pero sólo aquella especie de maullido brotó de su boca. Klom hizo un gesto de contrariedad.

—¿No puede hablar todavía?

Eva negó con la cabeza.

—Bueno, no se preocupe. Generalmente, los efectos no son tan prolongados, en ese sentido. Por lo demás, le garantizo que si ustedes consiguen lo que yo quiero, tendrá usted el antídoto.

—¿Y qué es lo que usted quiere? —preguntó Marks, fríamente.

Klom lo observó con atención. El contraste entre Marks y Eva era terrible. El continuaba siendo un hombre atractivo, de rasgos viriles, mentón agresivo.

Pero ella... Klom la miró brevemente, y volvió a mirar a Marks.

—Quiero una cosa que hay en una caja fuerte.

El «ceño de Reginald Marks se frunció.

—¿Y para eso ha organizado todo este... tinglado? Podríamos haber llegado a un acuerdo sin necesidad de...

—No. Y cuando estén en su lugar de destino comprenderán que todo esto era necesario. Lamentable, pero necesario. Su amada Eva tiene que jugar un papel muy importante en la acción, y no podría hacerlo si se presentase con toda su belleza..., que tuve ocasión de comprobar, con gran placer, antes de inyectarle mi substancia.

—¿Dónde está esa caja fuerte, y que es lo que usted quiere que sustraigamos de ella?

—Todo. Todo lo que hay en ella. Tendrán que dejarla completamente limpia.

—Está bien. ¿Dónde está?

—Puedo decirles que está... en cierto edificio de Singapur, pero no sé en qué lugar de ese edificio. Naturalmente, tampoco conozco la combinación de esa caja fuerte, así que la cosa no es tan fácil como usted ha parecido creer, señor Marks.

—¿Se trata, quizá, de una cámara acorazada? ¿Especial?

—Ah, no, no... Una simple caja fuerte, de combinación más o menos complicada y de solidez más o menos discutible, pero no puede ser una cámara acorazada especial, como las de los grandes Bancos. No. nada de eso: es sólo una caja fuerte.

—Entonces, la abriremos. No hay problema.

—Celebro haber hecho una buena elección con ustedes —sonrió Klom—. ¿De verdad puede usted abrir cualquier caja fuerte... normal?

—Sí.

—Magnifico, magnífico. Entonces, todo irá bien, si la señorita Lamarr tiene la suficiente presencia de ánimo. La labor de ella consistirá en introducirse en ese edificio, localizar la caja fuerte, y avisarle a usted para que vaya allá a abrirla. Como es natural, la señorita Lamarr también le facilitará a usted la entrada al edificio, y habrá estudiado adecuadamente una fuga sin fallo alguno. El menor fallo les costaría la vida. Con el agravante de que su muerte no sería precisamente dulce.

—Ya entiendo. Si nos cazan, nos torturarán, ¿no es así?

—Mucho me lo temo —sonrió Klom.

—Y lo que nos preguntarán, además de quienes somos nosotros, será quién nos ha enviado. Por eso, por si tal cosa sucede, usted dice llamarse Doctor Klom, cuando en realidad es chino, y por tanto no se llama así. De modo que todo lo que podremos decir nosotros será que hemos sido contratados por un tal Doctor Klom..., cuya descripción física puede corresponder a unos cuantos cientos de millones de chinos.

—Es usted muy inteligente, señor Marks. Sí, creo haber hecho una buena

elección. Los hombres como usted no abundan, ni son fáciles de localizar. Pero, lo malo de la fama es que siempre existe un canal de fuga de información que...

—Habla usted como un espía profesional —cortó Marks.

—¿Cree que *SOY* un espía?

—¿No?

—Ya le he dicho que soy el Doctor Klom, señor Marks; no se meta en más averiguaciones. Bien: ¿estamos entendidos? Quiero lo que hay en una caja fuerte. Ahora se trata de que la señorita Lamarr se vaya mentalizando en el sentido de que va a presenciar... cosas... poco corrientes. ¿Podemos confiar en su valor, en su serenidad?

—Ella cumplirá su parte, sea cual fuere.

—Esperemos que consiga... controlarse una vez, esté en ese edificio. Si ella pierde el control de sus nervios, si le falla el valor o la serenidad, todo habrá terminado.

—Ella lo hará, Klom.

—En ese caso, merecerá mi más profunda admiración. Lo que la señorita Lamarr va a ver allí...

—¿Quiere dejarse de rodeos? No está tratando con niños a los que se puede asustar fácilmente.

—De acuerdo. ¿Conocen Singapur?

—Sí.

—Ah, espléndido. Bueno, la clínica no está en...

—¿La clínica?

—La clínica del doctor Yeng —una nota de odio vibró en la voz del doctor Klom—. Sí, se trata de una clínica, que no está propiamente en la ciudad de Singapur, sino hacia el Este, en la costa, en la localidad de Pasir Panjang. Es un edificio... repulsivo, rodeado de un jardín poco menos que abandonado a su suerte, y protegido por altas verjas de hierro. Además, por ese jardín casi selvático patrullan siempre algunos vigilantes armados...

—Pero... ¿qué clase de clínica es esa?

—Bueno, aparentemente no es demasiado siniestra. Durante el día todo parece normal por allí, y desde luego, los guardianes armados no se dejan ver. Pero no se engañe, Marks: están allí. Durante la noche, no sólo siguen estando, sino que la guardia se dobla. Y ni siquiera me sorprendería que hubiese algún sistema de vigilancia electrónico. Quizá esto ya sean fantasías mías, pero habrá que tenerlo en cuenta. De todos modos, nosotros estaremos esperando que la señorita Lamarr nos haya informado de todos estos detalles. Ella será la encargada de localizar la caja fuerte, y explicarnos cómo funciona exactamente la guardia nocturna, para que usted pueda entrar y volver a salir, señor Marks. Con el contenido de la caja.

—Me parece que no va a ser tan fácil como me pareció en un principio. Pero, Klom, tengo algo que proponerle: ¿por qué ha de ser Eva quien permanezca en esa clínica? ¿Por qué no yo, desde el primer momento? Eso

simplificaría las cosas, ¿no le parece?

—Para el trabajo interior en la clínica, una mujer es más conveniente que un hombre: se fijarán menos en ella, de modo que podrá fisgonear con cierta impunidad... ¿Qué ocurre?

Klom hizo la pregunta mirando a Eva Lamarr, que había puesto una mano en un brazo de Marks y reclamaba su atención dando tirones. Marks la miró, y también Klom, expectante. Eva Lamarr se señaló el pecho, haciendo movimientos afirmativos con la cabeza. Klom miró a Marks, desconcertado.

—¿Qué está diciendo?

—No lo sé —gruñó Marks.

Eva tiró con más fuerza del brazo de Marks, y volvió a señalarse el pecho, enérgicamente. Reginald Marks entendió perfectamente lo que Eva Lamarr estaba tratando de decir. Es más, ni siquiera tenía que comprenderlo, porque le bastaba adivinarlo: Eva Lamarr estaba diciendo que para abrir una caja fuerte y escapar con su contenido podía hacerlo ella sola, sin necesidad de que él se arriesgase...

—Pues quiere decimos algo —insistió Klom—. ¡Algo importante, diría yo!

—Quiere, pero no puede, así que dejémoslo. Sea lo que sea lo que ella quiera decimos, poco importa. Y deja de darme tirones del brazo! —la miró irritado.

A Klom le pareció que Eva Lamarr sonreía. Lo cierto fue que ella dejó de dar tirones del brazo de Marks, que miró a Klom.

—¿Qué decía usted?

—Mmm... Ah, sí, decíamos que la señorita Lamarr podrá moverse por la clínica sin llamar tanto la atención como la llamaría usted. De modo que seguiremos con mi plan inicial. ¿Han oído hablar en alguna ocasión del doctor Yeng?

—No.

—¿No saben absolutamente nada de él?

—Nada.

—Bueno, entonces quizá será conveniente que les explique algunas cosas sobre mi colega. Especialmente, para la información de la señorita Lamarr, a fin de evitarle un trauma demasiado fuerte cuando ingrese en la clínica del doctor Yeng...

CAPITULO III

El coche se detuvo delante de las altas puertas de rejas metálicas, y el conductor tocó el claxon brevemente. Un hombre apareció por un lado de las verjas, en la parte de dentro. Abrió una de las rejas, y salió, acercándose al coche. Cuando se inclinó hacia la ventanilla, Reginald Marks pudo ver bien sus facciones asiáticas. Pero allí, en Singapur, ya no tenía nada de extraordinario ver un chino. Lo extraordinario, precisamente, habría sido no ver chinos.

—¿Diga, señor? —preguntó el chino, en inglés.

—¿Es ésta la clínica del doctor Yeng?

—Sí, señor, ésta es.

—Vaya, menos mal. Llevo más de una hora dando vueltas por Pasir Panjang, así que se me ha hecho de noche... Bueno, eso ya no importa. ¿Podría ver al doctor Yeng?

—Lo ignoro, señor. El doctor Yeng no está siempre en la clínica. Y cuando está es porque tiene mucho, mucho trabajo. ¿Puede decirme qué desea usted? Quizá pueda atenderle otra persona.

—No creo —refunfuñó Marks—. Eche un vistazo al asiento de atrás. Y tú, quítate el pañuelo.

La última frase la dijo Reginald Marks volviéndose hacia el asiento posterior, y alargando la mano hacia el interruptor de la luz del interior del coche. Se encendió ésta en lo. alto del techo, y el chino, que por supuesto estaba mirando hacia aquella persona que en principio apenas había entrevisto, pudo verla entonces con toda claridad. Pero no se alteró lo más mínimo al ver el rostro de Eva Lamarr. No se alteró en absoluto.

Simplemente, se dedicó a mirar de nuevo a Marks, diciendo:

—Sea tan amable de esperar aquí, señor. Veré si el doctor Yeng está en la clínica.

—Muy bien.

El chino regresó tras el recinto de rejas, que volvió a cerrar con llave, y se dirigió hacia el fondo de la propiedad. Por entre los árboles, grandes arbustos y cañas de bambú apiñadas, se veía la luz que delataba la posición de la clínica. Y eso era todo.

Reginald Marks encendió dos cigarrillos, y tendió uno a su pasajera, que se había apresurado a apagar la luz después de que el chino la hubo visto. Permanecieron fumando, en silencio. Todo estaba dicho. Hacía ya cuatro o cinco minutos que habían terminado el cigarrillo cuando el chino reapareció, y abrió las verjas de par en par. Marks, que había apagado el motor, dio el encendido, y entró. En seguida, por delante del coche aparecieron dos hombres, que se recortaron en las luces del coche, alzando los brazos.

Marks frenó, y esperó a que el portero, tras cerrar las verjas, se acercase a la ventanilla.

—Será mejor que deje el coche aquí, señor.

—¿Por qué? —gruñó Marks.

—Es una costumbre. También es costumbre que mis compañeros registren a los visitantes...

—¿Y eso por qué?

—Bueno, señor, en ocasiones al doctor Yeng no le han salido las cosas tan bien como él habría deseado, y algunas personas se han molestado con él, y han pretendido... molestarle.

—Creo que entiendo. Pero ése no es mi caso, ¿verdad? Yo todavía no estoy molesto con el doctor Yeng.

Ni lo estaré. Supongo que él hará todo lo que pueda, ¿no es así?

—Sin duda, señor. Pero me permito insistir: tenga la bondad de salir del coche, y dejarse registrar. La... señora también debe apearse.

—Está bien. Sal de coche, Eva.

Se apearon los dos. Y los dos fueron registrados por los tres chinos. Finalmente, el portero pareció satisfecho, y señaló hacia el resplandor de luz.

—Permítame encargarme de su coche, señor. Mis compañeros los conducirán a la clínica.

Reginald y Eva partieron en pos de los dos chinos. Había un denso silencio en aquel lugar..., que parecía solitario. Pero los dos espías sabían perfectamente que varios pares de ojos estaban vigilándolos desde las sombras del selvático jardín. Caminaban amoldándose a la lenta marcha de los dos chinos. Eva un poco retrasada con respecto a Reginald. Pronto distinguieron la forma del edificio, el resplandor de luz aumentó... No se veía a nadie.

Finalmente, llegaron a la puerta de la clínica, tras subir cinco o seis amplios escalones, que formaban un porche sostenido por columnas. La puerta se abrió. Otro chino, éste con bata blanca. El chino miró en seguida a Eva Lamarr, y luego a Marks.

—Buenas noches —saludó, sonriente—. Perdonen que les hayamos hecho esperar, pero realmente, el doctor Yeng está muy ocupado, mucho.

—Buenas noches —saludó Marks—. No hacían falta sus disculpas, señor...

—Doctor Lao Ma —sonrió de nuevo el chino—. Sean tan amables de seguirme.

Había un vestíbulo; a la derecha de éste, un mostrador de recepción, tras el cual, otro chino atendía una centralita telefónica. Por los altavoces, en aquel momento, se oyó una voz, en chino, de modo que los dos espías no se enteraron de nada.

Un pasillo, con puertas a ambos lados. Otro pasillo girando a la izquierda. También varias puertas. Luego, un tramo de escalones, que llegaba al primer piso. Otro corto pasillo, una amplia sala de espera, una puerta... El doctor Lao Ma abrió esa puerta, y se apartó, mirando amablemente a Marks y Eva, que entraron. Un amplísimo despacho, con dos puertas a la izquierda. Había muchos aparatos, espejos, unos bonitos cuadros con grullas rojas... Fantástico.

El doctor Lao Ma señaló dos sillones colocados ante la gran mesa, y él pasó a sentarse tras ésta. Tomó una cartulina impresa, y esgrimió un bolígrafo.

—¿Sus nombres, por favor?

—Reginald Marks y Eva Lamarr —refunfuñó Marks—. Británicos. ¿Quiere ver nuestros pasaportes?

—Sería conveniente, señor Marks.

Reginald los sacó de un bolsillo interior de la chaqueta, y los tendió a Lao Ma, que los examinó sin prisa alguna. Por fin, los dejó a un lado, y volvió a esgrimir el bolígrafo, que utilizó para anotar la edad de Eva Lamarr. Ni siquiera había parpadeado al ver la fotografía de la espía, ni se había molestado en comparar su rostro anterior con el actual.

—¿Vienen ustedes directamente de Londres?

—Claro que no. Estábamos en Macao cuando Eva comenzó a sentir... cosas extrañas en su cuerpo. Bueno, ya ve usted lo que...

—¿De dónde vienen?

—De Macao. Estábamos allí con unos amigos, en el yate de uno de ellos. Decidimos pasar unos días en Macao, jugando... Ya sabe. Por la noche, Eva y yo decidimos quedamos en tierra firme en lugar de pernoctar en el yate. Y por la mañana, cuando me desperté y la vi junto a mí en la cama...

—En sus pasaportes no dice que estén casados, señor Marks.

—Bueno... Somos amigos. ¿Qué demonios importa eso?

—Nada —sonrió el médico chino—. Bien, de la noche a la mañana la señorita Lamarr se encontró en estas condiciones...

—Bueno, no era tanto, no... Apenas unas... deformaciones. Nos asustamos mucho, como es natural. Llamamos a un médico norteamericano que hay en Macao... Howard Wilshire, creo que se llama. El hombre palideció cuando vio a Eva, y nos envió a un tal doctor Klom... ¿Conoce usted al doctor Klom?

—«No... No.

—Bueno, pues él sí conoce al doctor Yeng, evidentemente; al menos, de nombre. Fue el doctor Klom quien nos envió aquí, a Singapur, para que consultáramos al doctor Yeng... Dijo... que si alguien podía hacer algo por Eva, era el doctor Yeng. Y usted no es el doctor Yeng.

—No —sonrió Lao Ma—, no lo soy. Pero él les atenderá personalmente en cuanto le sea posible. Veamos... ¿La señorita Lamarr está dispuesta a aceptar el tratamiento del doctor Yeng?

—Naturalmente.

—Me gustaría que contestase ella, señor Marks.

—Ella no puede hablar.

—¡Ah! Lo siento. Pero puede decir sí o no por gestos. ¿Está usted dispuesta a aceptar el tratamiento, señorita Lamarr?

Eva dijo que sí con la cabeza.

—¿Con todas sus consecuencias?

El monstruo llamado Eva Lamarr volvió a asentir, tras una breve vacilación.

—En ese caso, no tendría inconveniente alguno en firmar una autorización completa en ese sentido. ¿Quiere usted leerla?

Nuevo asentimiento. Lao Ma sacó un impreso de un cajón, y lo deslizó por la mesa hacia Eva Lamarr, que lo tomó y comenzó a leer. Luego, lo entregó a Marks, que lo leyó rápidamente, y la miró.

—Tú verás —musitó—. Puede salir bien y puede salir mal. Si es una enfermedad, parece que el doctor Yeng puede intentar curarla, y a eso precisamente hemos venido, ¿no es así? Creo que la posibilidad de curarte bien vale los riesgos que sean.

Eva Lamarr hizo unos gestos con las manos, tocándose el pecho y luego la cabeza. Lao Ma miró intrigado a Marks.

—¿Qué ha dicho?

—No sé. Pero creo haber interpretado que prefiere morir a seguir con vida con ese aspecto. ¿Es eso, Eva?

La monstruo asintió, puso el impreso sobre la mesa, y lo firmó, entregándolo acto seguido al médico chino, que sin comentario alguno procedió a anotar en la autorización los datos del pasaporte británico de Eva. Luego, devolvió a Reginald Marks su pasaporte, y el de Eva lo unió a la ficha y a la autorización.

—Es costumbre de la clínica retener el pasaporte del paciente mientras dura su estancia aquí. Espero que no tengan inconveniente.

Los dos negaron con la cabeza. Lao Ma se puso en pie, con el pasaporte de Eva y la ficha en una mano.

—Esperen aquí, por favor. El doctor Yeng les atenderá personalmente en cuanto le sea posible.

Lao Ma abandonó el despacho, dejando solos a los dos espías, que cambiaron una mirada. Luego, como indiferentes miraron a su alrededor. Era la mirada de quien parece no saber qué hacer..., pero sólo en apariencia. Ambos tenían la suficiente experiencia para pretender encontrar en alguna parte la existencia de un objetivo de televisión... La existencia posible de micrófonos les aconsejaba el más absoluto silencio por parte de Marks. Quizá pudiesen ver una cámara de televisión, pero un micrófono, en caso de existir, debía estar muy bien escondido.

El ductor Yeng tardó todavía casi media hora.

Por fin, la puerta se abrió, y apareció. Los dos comprendieron inmediatamente que aquel personaje solamente podía ser Yeng. Era un chino de considerable estatura, muy grueso, ataviado con una bata blanca que casi le llegaba a los pies. Parecía una bola blanca, con otra bola de color pergamino sobre la cúspide de los hombros. Su cabeza era absolutamente esférica, sin cabello alguno. La nariz tenía apenas el tamaño de un garbanzo, y la boca era tan pequeña y de labios tan delgados que apenas destacaban en el redondo y grasiento rostro; en éste destacaban tan sólo los pequeños ojos negros, como dos puntitos hundidos en la gran masa de carne facial.

La boca se delató brevemente cuando el chino sonrió, tendiendo la mano a

Eva.

—¿Señorita Lamarr? Encantado de conocerla; soy el doctor Yeng. ¿Señor Marks?

Uno tras otro, los dos estrecharon la mano de Yeng, que acto seguido pareció rodar hacia detrás de su mesa. Era evidente que había visto a Lao Ma, el pasaporte de Eva Lamarr, su ficha... Una de sus regordetas manos abrió una caja de laca en la que había cigarrillos, y la ofreció a Eva y a Reginald. Ya fumando los tres. Yeng frunció de pronto el ceño.

—¿Klom, han dicho ustedes?

—Sí —murmuró Marks.

—No conozco a ningún colega llamado así. El nombre parece... javanés, quizá.

—Pues no sé —se desconcertó Marks—. De todos modos, puede tener sentido que usted no le conozca a él, y él si le conozca a usted. Imagino que sus trabajos en esta especialidad deben haberle dado cierto prestigio, doctor Yeng.

—La verdad es que procuro mantener mis trabajos lo más secretos posible..., pero, claro, no es posible mantener completamente en secreto uno cosa así. Bien, eso no importa, en realidad. Lo que importa es corregir estos... sorprendentes desperfectos en el rostro y cuerpo de la señorita Lamarr. He visto su fotografía en el pasaporte, y su belleza me ha impresionado.

—No soy millonario —murmuró Marks—, pero...

—Olvide eso, señor Marks. Mis precios son muy elásticos. Si usted no puede pagar cien mil dólares, otro lo hará. Procuro cobrar en todo momento lo que mi paciente puede pagarme. Y para ser sincero, sólo por el placer de volver a ver a la señorita Lamarr como era antes, yo sería quién pagaría.

—Es usted muy amable, doctor. ¿Cree que podrá hacer algo?

—Lo intentaremos. Por supuesto, la señorita Lamarr tendrá que quedarse en la clínica...

—Venimos preparados para eso. Los dos hemos traído algo de ropa.

—Me agradan las personas previsoras. Pero usted no puede quedarse, señor Marks.

—Bueno, yo había pensado...

—Lo lamento: no es posible. No puedo ocupar habitaciones de mi clínica con personas en sus envidiables condiciones físicas, compréndalo.

—Claro. Bien... ¿Qué hacemos?

—Uno de mis ayudantes le está esperando a usted afuera. Le acompañará hasta las verjas. Dígale a él dónde está usted alojado, para que podamos localizarlo en cualquier momento. Ha sido un placer conocerle, señor Marks.

Yeng se puso en pie, tendiendo la mano. Era un hombre muy educado, de voz agradable, que hablaba inglés a la perfección. Reginald Marks no pudo hacer más que ponerse también en pie y estrechar aquella gruesa mano, aceptando la despedida.

Luego, se volvió hacia Eva, que bajó la cabeza. La vacilación de Marks fue

visible, clarísima. Por fin, todo lo que hizo fue poner una mano en un hombro del monstruo, hacer una leve presión, y marcharse.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Yeng miró amablemente a Eva Lamarr.

—Algunas personas que pretenden ser románticas y hasta especialmente sensibles dicen que el aspecto físico no influye en el amor..., pero nosotros sabemos que eso no es cierto, ¿verdad, señorita Lamarr? La carne es la carne, querida. Y la carne, como todo lo que nos rodea, debe presentar muy buen aspecto para que nos interese. ¿Podemos contar con que el señor Marks permanecerá en Singapur? Quiero decir, que esperemos que no sea la clase de hombre que huye cuando las cosas se ponen feas.

Eva Lamarr movió la cabeza negativamente, y Yeng pareció un tanto sorprendido.

—¿El permanecerá en Singapur? Lo celebro. Bien, cuando usted guste podemos comenzar el primer examen. ¿O prefiere esperar a mañana?

Eva volvió a negar con la cabeza. Yeng rodeó la mesa, fue a una de las dos puertas que había a un lado del despacho, y la abrió. Desde su asiento, Eva Lamarr vio dentro de aquel otro cuarto algunos aparatos que no podía catalogar, pero sí uno fácilmente identificable: una pantalla de rayos X. Se puso en pie, pasó junto a Yeng, y entró en la sala. Yeng cerró la puerta, tras seguirla.

—Sea tan amable de desnudarse. Completamente.

Las ropas de Eva Lamarr poco después colgaban en las perchas para tal efecto. Frente a ella, impasible el rostro de luna llena, Yeng la observaba. Se acercó, y comenzó a palparle los hombros, el cuello, el vientre, los muslos... Luego fue presionando en las articulaciones óseas, y acto seguido la colocó tras la pantalla de rayos X. El examen fue más bien breve. La tendió luego en una camilla, y con la ayuda de una pequeña linterna de luz normal examinó sus pupilas. Lo hizo después con una linterna de luz roja, y finalmente con otra de luz que debía ser ultravioleta, y que estaba empalmada con un largo cable a uno de los aparatos. Obtuvo muestras de su sangre en la vena del brazo, en una cadera, en el lóbulo de una oreja.

—Puede vestirse, señorita Lamarr.

Mientras ella lo hacía, Yeng colocó ordenadamente los tubos en los que había colocado las muestras de sangre, y permaneció pensativo. Cuando Eva terminó, la tomó amablemente de un brazo, y la llevó a la puerta de su despacho. Cuando la abrió, Eva vio a un enfermero, por supuesto de raza china, esperando en el pasillo.

—Yio la llevará a su habitación. Su equipaje ya está allí. Buenas noches, señorita Lamarr.

Poco después, la señorita Lamarr era introducida en una habitación del segundo y último piso, donde, efectivamente, estaba ya su maleta. Un simple vistazo le bastó a Eva para saber que había sido registrada. Lo supo con toda certeza apenas abrirla, después de que Yio se hubiese marchado tras indicarle dónde estaba el timbre de llamada si necesitaba algo.

¿Si necesitaba algo?

Eva Lamarr entró en el cuarto de baño anexo a su habitación, y se miró al espejo.

¿Si necesitaba algo? Se pasó las puntas de los huesudos dedos por el rostro, presionó en sus pechos, en su vientre, se miró las manos, contempló sus ojos dispares..., y de pronto, rompió a llorar.

CAPITULO IV

Abrió de pronto los ojos.

Desde la ventana, una resplandeciente claridad lunar se esparcía por la habitación. Una luz sorprendentemente nítida, fría, como reflejos de hielo azul.

¿Por qué se había despertado?

FSSUUUU... FSSUUUU...

Era un sonido acompasado, como el de un fuelle accionado lentísimamente. Aire que entraba y salía de un sitio, de algo... El sonido llegaba de su derecha, y Eva Lamarr volvió la cabeza hacia este lado.

—¡AAArrrRRRGGG...! —exclamó, sentándose en la cama de un brinco tremendo.

Se le erizó el vello, notó cada uno de sus estropajosos cabellos como alfileres clavados en la cabeza, sus ojos se desorbitaron.

Allí, junto a ella, en el lado de la cama donde llegaba directamente la resplandeciente luz lunar, había una calavera...

No.

No era una calavera propiamente dicha, no era una calavera completa... Tenía ojos. Unos ojos que parecían llameantes, lanzando miles de puntos de luz ardiente. Y también algunos cabellos.

FSSUUU... FSSUUU... FSSUUU...

El aliento de la calavera llegaba al rostro de Eva Lamarr. Un aliento cálido y fétido. Sentía tal terror que tras el salto no conseguía reaccionar, estaba como congelada, absolutamente paralizada... Sus párpados habían quedado muy abiertos, su boca crispada en el respingo de espanto. La claridad lunar era tanta que podía ver perfectamente aquella... cosa sobre un cuerpo humano completamente desnudo. Un cuerpo que parecía normal.

Pero la calavera.

Era como si a un cráneo le hubiesen colocado cabellos, y pegotes de carne, y ojos... Había carne en algunos puntos, pero en otros se veía el hueso. En una parte de la boca, los dientes brillaban en siniestra mueca con atisbos de estremecedora sonrisa.

FSSUUU... FSSUUU... FSSUUU...

Aquel sonido de fuelle era la respiración de aquel... ser. Una respiración lenta, profunda, ávida, como dificultosa. Era como un sonido acompasado de ultratumba, que parecía hinchar la habitación, hacerla palpitar.

De pronto, una mano apareció, y apretó uno de los pechos de Eva Lamarr, al tiempo que los maxilares de la calavera se movían, y unos sonidos brotaban de ella, algo que quizá era una voz, quizá palabras.

Eva inició un gesto de alejamiento, de rechazo, comenzando a volverse para saltar por el otro lado de la cama. Entonces, se oyó algo parecido a un rugido sordo, y el cuerpo desnudo saltó sobre ella, aplastándola debajo contra

la cama. De aquellos horrendos maxilares brotaban sonidos, quizá palabras. Unas manos de Fuerza de locura sujetaban ahora las muñecas de Eva Lamarr contra la almohada.

—AAArrrRRRGGG... —intentó gritar Eva, pero consiguiendo sólo un gañido, aquel maullido apenas audible.

Intentó soltar sus manos, pero era imposible... ¡Era imposible vencer aquella fuerza de locura! Intentó contorsionar el cuerpo, pero apenas pudo moverlo unos centímetros debajo del otro cuerpo. Sobre su rostro la calavera seguía hablando en chino, de entre los maxilares caía baba manchando el rostro y el pecho de Eva, mientras ésta iba notando cómo el cuerpo de aquel ser se incrustaba en el suyo.

Eva concentraba todas sus fuerzas en los brazos, para intentar soltarse y para mantener apretadas las piernas. Pero no consiguió ni una cosa ni otra. Las manos parecían clavadas a la almohada, y las piernas eran forzadas lenta e inexorablemente por el cuerpo del ser espeluznante. El dolor muscular que percibía era tan intenso que Eva comprendió que no podría resistir más que otros pocos segundos. La respiración sibilante había perdido el ritmo; era ahora como el de un fuelle enloquecido: ¡FFSUFSSUUUUU FFSSUUUFFSSUU...!

La espía sintió como si algún engranaje se desgajase en ella y el cuerpo del ser horripilante consiguió su objetivo.

—¡AAARRrrgggGG...! —clamó en vano Eva Lamarr.

FUUUSSSUUU FUSSSSUUU FSSUUUU, se acompasaba espasmódicamente la respiración del ser a su feroz movimiento arriba y abajo. La calavera cayó sobre el rostro de Eva Lamarr, que lanzó otro gañido de atroz espanto. La calavera quedó apoyada de frente sobre la almohada, junto a su rostro. La violencia de la acción era sencillamente espantosa, invencible. En su mejilla izquierda, Eva notaba el contacto del hueso facial del ser, su respiración era como un silbido angustioso, un jadeo espantoso...

Eva apartó un poco su cabeza, como pudo. A pocos centímetros de ella vio la calavera, con apenas unos jirones de carne en aquel lado. Pero si tenía una oreja.

Sin vacilar, Eva Lamarr lanzó un mordisco hacia aquella oreja. Sus amarillentos dientes se clavaron en el apéndice auricular con tal fuerza y precisión que, al mismo tiempo que resonaba el alarido del ser, ella se encontró con media oreja en la boca, a la que saltó un chorro de sangre que salpicó también toda la cara. El ser se había estremecido, se había movido, perdiendo por un instante su posición y sus manos habían aflojado su presa de auténticas tenazas.

La ocasión fue aprovechada inmediatamente por la espía.

Liberó su mano derecha de un fortísimo tirón, y acto seguido, cerrándola fuertemente, la disparó contra aquel cuerpo horriblemente palpitante que pretendía incrustarse en el suyo. El golpe dio en un costado, y el ser volvió a lanzar un aullido. Eva liberó su otra mano, y golpeó de nuevo, buscando el

hígado..., si es que aquel ser tenía hígado.

Notó la vibración del cuerpo; la tensión cedió un poco. Reuniendo todas sus fuerzas, Eva Lamarr giró hacia un lado, .para quitarse de encima aquel bicho asqueroso. Por un instante, temió que jamás lo conseguiría, pero, de pronto, quedó completamente desconectada de él, y con la fuerza del impulso rodó sobre la cama y cayó al suelo.

Más que ver, intuyo la acción del ser, que apareció en seguida en el borde de la ensangrentada cama y se abalanzó sobre ella. Rodó por el suelo, y el ser fue tras ella, jadeando, rugiendo. Cayó encima, con una brutalidad espantosa, y en un instante, con precisión aterradora volvió a lanzarse sobre ella profundamente..., en el mismo momento en que de nuevo los puños de la espía entraban en acción, golpeando primero la descarnada boca, y luego en un lado del cuello, y en un costado, y en la cabeza casi puro hueso.

El puñetazo en un ojo fue decisivo. El ser lanzó un berrido, y Eva volvió a sentir una baja en la tensión tremenda a que estaba sometida. Volvió a girar, quitándoselo de encima, y se puso en pie velozmente, jadeando como una bestia herida y acorralada... por la otra bestia que también se ponía en pie rápidamente.

Y de pronto, la espía comprendió.

En circunstancias físicas normales, ella habría vencido ya a aquel ser, lo habría podido matar de un solo golpe. Pero en sus circunstancias actuales, sus fuerzas habían decrecido tanto que jamás podría vencerlo, jamás podría escapar de sus garras frías y fuertes como acero.

Al retroceder para esquivar una nueva acometida del ser, tropezó con una butaquita. Y mientras el enardecido personaje pasaba junto a ella rugiendo, Eva alzó la butaquita, y esperó la nueva acometida, que no tardó ni dos segundos. La butaquita crujió contra aquel cuerpo endemoniado, derribándolo sobre la cama, por encima de la cual rodó para caer al otro lado. En un instante estuvo en pie, chillando enloquecido, y volviendo a la carga en busca del cuerpo de la bella monstruo, que lo recibió con otro golpe de butaquita que hizo crujir un hueso en alguna parte.

El ser se detuvo, quedó tambaleante. Eva alzó de nuevo la butaquita...

La puerta se abrió bruscamente.

La luz de la habitación se encendió.

Palabras en chino llegaron a los oídos de Eva Lamarr, y al instante, tres enfermeros de blancas batas pasaron junto a ella y asieron por los brazos al ser, echándoselo hacia la espalda, para que uno de ellos le colocase unas correas, sujetándolo. Mientras tanto, con la butaquita, todavía en alto, Eva Lamarr contemplaba aquel rostro espeluznante, casi todo hueso a la vista. De la boca sin labios brotaban aullidos espantosos, y el hombre se debatía en vano entre los brazos de sus musculosos y precavidos guardianes, que pasaron junto a Eva arrastrando al ser increíble que lanzaba espumarajos por la boca, y salpicaduras de sangre a todas partes desde su mutilada oreja.

En pocos segundos, Eva Lamarr se encontró sola en su habitación, todavía

con la butaquita en alto. La puso en el suelo, y se sentó en ella. Le temblaban violentamente las piernas, y tenía en la boca el regusto de sangre. Todo su cuerpo se estremeció de espanto, asco y rabia a la vez.

En el pasillo se oían todavía los alaridos del ser que había atacado a la bella monstruo. Y de pronto, los alaridos se convirtieron en un llanto estruendoso, que se fue alejando, alejando, alejando..., pero que, sorprendentemente, volvió a acercarse.

Fue... como una ola.

Sí, como una oleada gigantesca que fuese acercándose, con un rumor poderoso. Era un rumor que Eva tardó algunos segundos en identificar plenamente. No era que el ser volviese a pasar por delante de su puerta y que por eso lo oyese de nuevo con fuerza, no...

No. no era eso.

Era... la suma de muchos llantos. Era como si toda la Clínica estuviese llorando, formando un coro insólito. Era como una cascada de llantos estremecidos que lo atronaban todo.

Desorbitados los ojos, Eva Lamarr se había puesto en pie, y miraba a todos lados, como si su vista pudiese atravesar las paredes y llegar a todos los lugares de donde procedía el llanto, el coro de llantos que parecía filtrarse por las paredes...

La puerta del cuarto volvió a abrirse, y apareció el doctor Lao Ma, con una jeringuilla en la mano derecha. Su rostro no mostraba la más mínima alteración.

—Lamento lo ocurrido, señorita Lamarr. Por favor, acuéstese.

Eva retrocedió, moviendo negativamente la cabeza, mirando con espanto... y con espantosa expresión a Lao Ma, que continuó impávido. Su mirada fue hacía la cama, y su gesto cambió un instante.

—Comprendo —dijo—. Está manchada de sangre. No se preocupe, solucionaremos eso inmediatamente.

Sacó la cabeza al pasillo, y dio una orden. A los pocos segundos, llegaron otros dos enfermeros chinos, con ropa limpia, y en un abrir y cerrar de ojos retiraron la manchada con sangre y dejaron la cama impecablemente limpia, perfecta. Cuando salieron, llevándose la ropa manchada de sangre, el coro de llantos volvió a oírse más amortiguado, como con sordina. En un rincón de la habitación, como queriendo incrustarse allí, Eva Lamarr miraba a Lao Ma, y seguía moviendo negativamente la cabeza.

—Quizá sería mejor que antes se limpiase usted un poco —dijo amablemente el médico chino, señalando el cuarto de baño.

Eva negó.

—Vamos, vamos, señorita Lamarr. Está manchada de sangre. Ya comprendo que lo que ha ocurrido ha debido asustarla, pero todo está ya solucionado. Lo mejor es que usted se acueste, le inyectaré este sedante, y podrá descansar ocho o diez horas seguidas. Es por su bien.

Eva volvió a negar.

Siempre sin alterarse, Lao Ma se acercó al timbre de llamada, y lo pulsó. Los dos enfermeros de antes aparecieron con una rapidez encomiable, y a una seña de Lao Ma se acercaron a Eva, que pareció querer hundirse en el rincón. Cuando los tuvo cerca, intentó agredirlos, pero sus fuerzas no eran ni mucho menos suficientes contra dos hombres que, al contrario que ella, estaban en perfecto estado físico. Fue sujetada, y a una seña de Lao Ma, colocada en la cama.

La aguja penetró en la vena. Con expresión desorbitada, Eva estuvo mirando cómo el líquido desaparecía de la jeringuilla para ir penetrando en su sangre, en su cuerpo. Luego, miró a Lao Ma, que retiró la aguja y la miró a su vez.

—Bien, ya está... Le aseguro que es por su bien. Sé que mañana me lo agradecerá, señorita Lamarr.

Eva abrió la boca, intentó decir algo, pero sólo los gañidos brotaron, sincopados, jadeantes. La imagen de Lao Ma pareció agigantarse, luego reducirse increíblemente, oscilar, vibrar, estremecerse..., y de pronto comenzar a girar, como un pequeño molinillo de viento, a una velocidad vertiginosa, increíble...

Y de pronto, todo desapareció.

CAPITULO V

Todavía tardó un poco en darse cuenta de que estaba despierta.

Había ido despertando lentamente, como saliendo de un pozo profundísimo. Cuando abrió los ojos, el resplandor de aquella intensa luz le obligó a cerrarlos de nuevo.

«Es el sol —se dijo en seguida—. Es el sol.»

Volvió a abrirlos, lentamente, temiendo equivocarse. Pero no, no se había equivocado. Era el sol. Ya no era la luna, sino...

¡La luna!

Eva se sentó de un salto en la cama, mirando con veloz gesto a todos lados.

Estaba sola. Sola en una habitación llena de luz solar. Ya no era de noches no había luna. Era de día, lucía el sol. Ya no se oía el coro de llantos, ni los alaridos de aquel ser. Por un instante, quiso convencerse a sí misma de que aquello no había sido real, sino una pesadilla, pero desistió de tan tonto empeño. Había sido una realidad, y tenía que aceptarla... y prevenir que algo parecido pudiese volver a ocurrir cuando llegase la noche.

Salió de la cama, se acercó a la ventana, y contempló el jardín selvático. Pudo ver a un hombre armado entre algunos helechos. Por lo demás, todo resultaba en calma, en silencio. La exigencia natural de las funciones fisiológicas la impulsaron hacia el cuarto de baño. Al pasar frente al espejo del lavabo, vio el rostro y se estremeció... Y casi gritó al ver en él las manchas oscuras. Movió las facciones, y la carne seca se cuarteó, se agrietó, y algunos trocitos cayeron en el lavabo. Con una uña, procedió a arrancarse el resto de la sangre seca que había brotado de la oreja del visitante nocturno.

Lanzando una exclamación, Eva regresó a la habitación, en busca de aquella media oreja que había escupido estremecida de asco y espanto. No pudo encontrarla. Seguramente, Lao Ma se la había llevado.

Volvió al cuarto de baño, y durante un largo minuto se estuvo contemplando. ¿Y si quedase así para siempre? No pensó ni un instante en la muerte. La muerte no tenía importancia. Y en realidad, en cuanto se refería a ella misma, podía vivir con aquel aspecto si conservaba toda su lucidez mental. La vida siempre puede ofrecer alicientes a cualquier ser humano que realmente lo sea por dentro, no sólo por fuera. Pero era mejor ser como antes, tan hermosa. No por ella, sino por él. Seguramente, él la amaría igual.

¿O no?

¿Realmente la amaría igual?

Sí, seguramente, sí. Pero precisamente por eso no podía... no podía obligarlo a soportarla así el resto de sus vidas. Además, con aquel aspecto, era una locura pensar en hacer vida normal, en circular por las calles, acudir a su trabajo, relacionarse con sus amigos...

Se estremeció. Si el proceso a que la había sometido el doctor Klom era irreversible..., ¿qué sería de su vida?

* * *

—Es un extraño proceso degenerativo —le explicó un par de horas más tarde el doctor Yeng, que la había hecho conducir a su despacho—. Por el momento, es todo lo que puedo decirle, ya que, como comprenderá, no he podido profundizar demasiado en los análisis de sangre. He pasado algunas horas de esta noche dedicado a eso, pero finalmente, no tuve más remedio que descansar —sonrió amablemente—. Para decir la verdad, me quedé dormido. Trabajo demasiado. ¿Quiere otro?

Eva, que estaba mirando la caja de cigarrillos, movió negativamente la cabeza. Yeng sí encendió uno, y estuvo un par de minutos silencioso, pensativo.

—Como es natural —dijo de pronto—, pienso seguir estudiando su caso, y hacer muchos más análisis y pruebas de diversas clases. Espero que su paciencia sea tan sólida como la mía, señorita Lamarr.

Sí, dijo Eva con la cabeza.

—Bien. Si realmente es sólo un proceso degenerativo, tenemos dos alternativas. Una de ellas, que sería magnífica, es que el proceso puede terminar en algún momento, e incluso, llevando la suerte a un extremo esperanzador, que sea reversible por su propia naturaleza; ni que decir tiene que eso significaría que con el tiempo, no es posible saber cuánto, usted volvería por sí misma a la normalidad. Pero hemos de temer la segunda alternativa, y es que el proceso de degeneración siga su curso; si fuese así, solamente podríamos basar nuestras esperanzas en que yo encontrase el... virus o lo que sea, que ha ocasionado la degeneración..., y que encontrase algo que pudiese destruirlo, claro está.

Eva Lamarr miró sobre la mesa, vio el bolígrafo y el bloc de notas, y los tomó. Tras meditar unos segundos, escribió: «¿Hay alguna posibilidad de curación?»

Yeng leyó la pregunta, y encogió los hombros.

—Si se trata de un proceso degenerativo, si, podría existir alguna posibilidad. Usted quizá sopa que algunos leprosos han podido ser curados. De seres que comenzaban a ser horribles, pasaron a ser nuevamente personas prácticamente normales. ¿Por qué? Pues porque el tratamiento llegó a tiempo. La dificultad, en el caso de usted, es que no sé exactamente lo que le ocurre, y que, si llego a saberlo, ignoro si encontraré algún remedio. ¿Me comprende?

Eva asintió.

—Le garantizo que no descansaré hasta llegar a una conclusión que nos proporcione alguna esperanza. Ese es mi trabajo... Mi verdadero trabajo. Mi apasionante trabajo. Tengo... muchos casos extraños en mi clínica, y estoy dedicando mi vida a estudiar esos fenómenos de la naturaleza. Tenga esperanza, señorita Lamarr.

Ella asintió de nuevo, y se puso en pie; vacilante. Yeng la observó, siempre

con gesto amable. De pronto, sonrió, con gesto de disculpa.

—Naturalmente, me han contado lo sucedido anoche. El pobre Sen Lo debió verla a usted y esperó el momento oportuno para... visitarla. Si alcanzó sus propósitos, le pido disculpas en nombre de la clínica. ¿No lo consiguió? Ah, lo celebro... De todos modos, supongo que se asustó usted mucho.

Eva asintió enérgicamente.

—Es lógico. Sin embargo, y entienda bien que no pretendo ser cruel con usted, es muy probable que lo mismo le sucediese a una persona corriente si usted la atacase... Creo que deberíamos ser... comprensivos con el pobre Sen Lo. ¿Le pudo ver bien... la cara?

Asentimiento por parle de Eva.

—Terrible —murmuró Yeng—. Lleva mucho tiempo aquí. Cuando llegó era sencillamente espantoso. Indescriptible, créame. Durante meses y meses, después de quitarle casi toda la carne de la cara, estoy haciéndole injertos. A veces se le caen y tenemos que volver a empezar... ¿Quiere preguntar algo más?

Eva asintió, y volvió a escribir en el bloc. Esta vez fueron dos preguntas: «¿Es mi caso como el de Sen Lo? ¿Podría hacerme injertos también a mí?»

—La respuesta a las dos preguntas es negativa. El caso de usted es diferente al de Sen Lo, porque a él se le está pudriendo la carne, y a usted sólo se le está degenerando, ablandando, estirando... Por ejemplo, lo de los ojos, tiene que ser una falta de... alimentación en todos sus componentes. Para ponerte un ejemplo sencillo, digamos que podríamos compararlos a una persona que está en avanzado grado de depauperación, pero que, atendido médicamente a tiempo, se consigue superar este estado; en cuanto el cuerpo reciba la alimentación adecuada en todos los aspectos, emprenderá el regreso a la normalidad. Más o menos lentamente, pero lo hará. ¿Me comprende?

Sí, asintió Eva.

—Bien, perdone que no le dedique más tiempo, pero creo... que usted será la primera en desear que lo dedique a otras cosas, ¿no es así? Procure ambientarse en 4a clínica, olvídese del mundo exterior. ¿Le gusta la música? ¿Sí? Estupendo... Tenemos muy buena música en una sala especial. Y también una biblioteca. Y diversos juegos: ajedrez, cartas, tenis de mesa... Ya verá que, si se mentaliza, puede pasarlo aquí no demasiado mal. Procure distraerse, y deje todo lo demás a mi cuenta. Ah, otra cosa: en cuanto pueda usted hablar, si es que llega ese momento, sea tan amable de avisarme, pues me gustaría conversar con usted de modo... más ameno. Buenos días, señorita Lamarr.

Eva asintió una vez más, se dirigió a la puerta, vacilante, y la abrió. Se volvió a mirar a Yeng, que le sonrió amistosamente, y por fin salió del despacho.

A los pocos segundos entró el doctor Lao Ma, quelite a sentarse en uno de los sillones frente a Yeng, el cual le contempló inexpresivamente.

—Existe en Macao, efectivamente, un médico norteamericano llamado

Howard Wilshire —dijo Lao Ma.

—¿Y ese doctor Klom?

—No consta en el listín telefónico. Pero es posible que no tenga teléfono, o que no conste en el listín. Podemos saber todo eso si investigamos más a fondo. Yeng.

El doctor Yeng permaneció pensativo durante casi dos minutos. Por fin, movió negativamente su redonda cabezota.

—No creo que valga la pena.

—Esa mujer podría ser...

—Vamos, Lao... —gruñó Yeng—. ¿Qué podría ser? ¿Una espía británica? Yo sería el primero en pensarlo, si el estado físico de ella fuese... satisfactorio en algún sentido. Pero no es así. Está en tales condiciones físicas que seríamos unos cretinos si dudásemos de ella. Quizá, toda su vida se la pase convertida en un monstruo. ¿Crees que una espía británica aceptaría una cosa así, con tal de meter sus narices en la clínica? Eso no lo haría ni siquiera un hombre, conque, ¡imagínate una mujer!

—Quizá tengas razón —admitió, un tanto a regañadientes, Lao Ma—. También hemos investigado a Reginald Marks. Uno de los hombres de Macao dice que un hombre llamado así y una mujer llamada Eva Lamarr estuvieron en el hotel Sao Paulo.

—Todo va encajando.

—A mí me gustaría saber cuál es el yate de sus amigos, y pedir Que nos los investiguen a todos.

—Ganas de perder el tiempo. ¿Dónde está el señor Marks?

—Ha alquilado una pequeña casa en Pasir Panjang, cerca de la playa. Nos dijo que él y la señorita Lamarr se habían inscrito en el Weverly de Singapur, pero que él prefería estar más cerca y más tranquilo, así que tenemos su dirección y teléfono en Pasir Panjang.

—¿Y qué más quieres?

—Pues no sé, pero...

—Si quieres, díselo a ellos cuando vengan por aquí, y que investiguen todo lo que quieran, todo lo que queráis —refunfuñó Yeng—. Pero a mí no me hagas perder más tiempo con eso. Para mí, la señorita Lamarr es uno de tantos casos interesantes.

—Quizá no debiste admitirla... ¿Acaso no tienes suficiente para tus experimentos y estudias con el... material, que te traen del continente?

—Un investigador nunca tiene material suficiente... ¿Algo más?

—No... De momento, no.

—En ese caso, seguiré estudiando el caso de la señorita Lamarr.... que es interesante. Muy interesante. Me pregunto cómo sería la señorita Lamarr después de que yo consiguiese algo positivo.

—¿Cómo habría de ser? —Se sorprendió Lao Ma—. Como era antes, ¿no?

—¿Quién sabe? —Rió Yeng—. ¡A lo mejor, todavía conseguiría que fuese más bella aún de lo que muestra su foto de pasaporte!... Ah, una cosa: no me

gustaría que volviese a ocurrir algo parecido a lo de esta noche. Lao. ¿De acuerdo? Esos pobres hombres que nos traen del continente son como bestias, así que hay que tener mucho cuidado con ellos.

Lao Ma asintió. Y de pronto sonrió.

—¿No te ha parecido interesante lo de Sen Lo? Es evidente que se las arregló para ver a la señorita Lamarr cuando llegó anoche, y hasta supo dónde quedaba instalada, pero... ¿Qué pudo ver en ella? De acuerdo en que Sen Lo es horrible..., pero la señorita Lamarr no lo es menos, ¿no te parece?

—Todo es relativo —sonrió a su vez Yeng—. Para Sen Lo, la señorita Lamarr quizá era una belleza. Y en todo caso, era una mujer... El sabía que allí había un huésped femenino, y fue a por él. Es simple, en realidad.

Lao Ma movió la cabeza, y se puso en pie.

—Como siempre, tienes razón —admitió—. Bien, voy a continuar mi trabajo. Ya me dirás qué conclusiones vas obteniendo respecto a los análisis de sangre de la señorita Lamarr.

* * *

Eva Lamarr había entrado sin vacilación alguna en la biblioteca, dispuesta realmente a echar un vistazo por allí. Entró tan decidida y rápidamente, que cuando fue a darse cuenta se encontró rodeada de monstruos.

Apenas pudo contener un respingo. Quedó con los pies como clavados al suelo, mirando al más cercano de los monstruos, que, a su vez, la observaba con terrible fijeza. Era un hombre que apenas mediría metro y medio, delgadísimo, pero con una cabeza enorme, y unas orejas paquidérmicas, que le llegaban hasta los hombros. Los ojos, grandes y redondos, parecían de color rojo... Sí, de color rojo. La boca era una ranura grandísima, y unos dientes menudos y negros aparecieron cuando los delgados labios se movieron.

El hombre... o lo que fuese, dijo algo, pero en chino, de modo que la espía no le entendió; pero le pareció que intentaba ser amable, así que sonrió a su vez, mostrando sus dientes amarillentos. Luego, miró a su alrededor, lentamente, mientras iba notando en su espalda oleadas de frío que la iban estremeciendo.

Algunos hombres llevaban la cabeza completamente vendada, y éstos, ciertamente, eran los menos horribles. Debían haber sido sometidos a alguna operación, y esperaban los resultados. Pero los que no llevaban la cabeza vendada eran como una gigantesca y atroz pesadilla. Los había altos y bajos, gordos y flacos, pero todos, absolutamente todos, eran víctimas de alguna monstruosidad. Las malformaciones eran de todas clases. A algunos les faltaban los labios y la nariz; otros tenían la nariz, los labios y las orejas de un tamaño descomunal. Como contraste con el cabezón, había uno cuya cabeza era diminuta, y sus ojos de un color azul gris, como velados» sin que se distinguiese la pupila del iris. Otro, cuyo torso era enorme, tenía unas piernas

que correspondían a un niño de siete u ocho años. A uno le faltaban los brazos a partir del codo. Otro tenía los brazos enganchados al cuerpo, de modo que no podía separar las manos, que parecían muñones.

Y las miradas de todos aquellos seres estaban fijas en el recién llegado paciente del doctor Yeng. Escalofriantemente fijas.

Con un esfuerzo, Eva se sobrepuso u! espanto que sentía y volvió a sonreír, al mismo tiempo que intentaba pronunciar un amable saludo. Todo lo que consiguió fue:

—RRGGgggrrrrr...

En alguna parte sonó una risotada. Luego, una risita aguda, como un chillido, y el que la había emitido se acercó a la recién llegada, se plantó delante y comenzó a hacer gestos de una obscenidad impresionante. Volvió a oírse la risotada. De alguna parte brotó una especie de gruñido, y las risas cesaron, y el ser de los gestos obscenos se retiró, dirigiendo torvas miradas a Eva, cuyos pies continuaban clavados al suelo.

Por fin consiguió reaccionar, y se dirigió hacia una de las estanterías de libros. El silencio era espantoso. Eva notaba en su nuca la sensación de aquellas miradas, igual que si le estuviesen lanzando bolas de nieve.

Afuera lucía un sol esplendido, y, por supuesto, debía hacer calor. Mucho calor, pegajoso, asfixiante; no en vano estaban prácticamente en pleno ecuador. Pero allí dentro, Eva Lamarr solamente sentía frío. Escalofríos continuos, que parecían repartirse como veloces descargas por todo su cuerpo.

Alzó una mano, para deslizar un dedo por los lomos de los libros, a fin de seleccionar uno. Y entonces se fijó bien en su mano. Con un gritito de sobresalto, alzó la otra, y fue mirando ambas, con expresión aterrada.

—¡RRRGGGgggrrrrrr! —exclamó.

Volvió a oírse una risotada.

Pero esta vez. Eva Lamarr ni siquiera la oyó. Toda su atención estaba fija en sus manos, en las que habían comenzado a aparecer unas pequeñas ampollas de color rojizo que iban reventando como diminutas frutas maduras, y destilando un líquido que debía ser sangre. Un líquido espeso, viscoso, que se deslizaba lenta mente sobre la arrugada piel. Eva acercó una mano a su nariz... y el hedor la obligó a echar la cabeza hacia atrás, aterrada.

—¡RRRGGGggggrrrrrRRRR! —gimió.

Dio media vuelta y echó a correr, saliendo de la biblioteca como disparada, todavía en su nariz aquel espantoso hedor de corrupción. Dejando tras ella otra risotada, se alejó de la biblioteca, corriendo bamboleante, torpemente, y se lanzó escaleras arriba, emitiendo sonidos guturales que querían ser gemidos.

Cuando cerró tras ella la puerta de su habitación, el corazón latía a toda velocidad, golpeando furiosamente en su pecho. Le faltaba el aire, sentía que se le doblaban las piernas... ¡Por subir a la carrera solamente dos pisos!

Estuvo un par de minutos apoyada de espaldas a la puerta, jadeante, con la sensación de que le iba a estallar el corazón y haría explotar el pecho, y los

oídos...

Luego fue al cuarto de baño y. tras vacilar, se atrevió a mirarse al espejo.

—¡RRRGGGGRRRR!

¡También allí tenía aquellas pequeñas ampollas! Y también estaban reventando, destilando sangre pestilente. Dos de las verrugas se habían reventado.

Agarrada con ambas manos al lavabo, Eva Lamarr estuvo tentada de lanzarse de cabeza contra el espejo, de romper aquella imagen, de terminar para siempre con aquello, fuera como fuese. Sus manos estaban clavadas corno garras al borde del lavabo, con una fuerza que pronto le ocasionó dolor.

«Tengo que serenarme —pensó—. ¡Tengo que conseguir serenarme, como sea! Mi mente ha sido siempre fría y lúcida. Así tiene que seguir... ¿Qué puede ocurrirme? ¿Ser un monstruo repugnante el resto de mi vida? ¿Morir? De acuerdo. Pero tanto en un caso como en otro, no debo precipitar los acontecimientos... ¡Oh, Dios, lo siento por él, lo siento por él, por mi amor..,!»

Se sentó en el taburete del cuarto de baño, erguido el torso, las manos sobre las rodillas, y aspiró profundamente. Estuvo así, con los ojos cerrados, quince minutos, inmóvil como una estatua, acompasada la respiración. Cuando abrió los ojos, se sentía completamente serena, dispuesta a afrontarlo todo.

Pero con una condición: no iba a perder el tiempo. Si había que encontrar allí una caja fuerte, y avisarle a él para que viniese a abrirla, lo haría cuanto antes. Incluso era más que posible que la pudiese abrir ella misma. ¿Por qué complicarle la vida a él? Lo que quería el doctor Klom era el contenido de la caja. Pues bien: ella misma podía abrirla, y llevárselo. Y entonces, Klom tendría que volverla a su estado natural.

Pero ¿sería esto posible? Es fácil estropear la belleza, pero no es tan fácil volverla a su estado anterior.

Más le valdrá a Klom que cumpla su parte», pensó la espía.

Salió del cuarto de baño y abrió el armario del dormitorio. Sacó la maleta, y de ella el estuche con las cosas que suele llevar una mujer para ponerse hermosa. Con este estuche en las manos, volvió al cuarto de baño, que estuvo examinando de nuevo con toda atención.

No. No parecía que allí hubiese ningún sistema de escucha.

Movió circularmente la base del cilíndrico estuche de metal dorado que contenía la barrita de carmín, y ésta ascendió. Eva Lamarr se acercó el estuche a la boca y dijo:

—RRRGGggrrr.

En el estuche se oyó un contenido suspiro, como un sonido metálico lejano, apenas audible. Luego, brotó la voz de él, también metálica, en tono muy bajo:

—¿Estás bien?

—RRRggrrr.

—¿Todo sigue igual?

—RRRggrrr.

—De acuerdo. Espero tu siguiente llamada.

—RRRGGGrrr.

Eva Lamarr volvió a mover la base del estuche, la barrita de carmín descendió, la comunicación con la diminuta radio quedó cortada. Unas lágrimas se deslizaban por las verrugosas mejillas de Eva... El había intentado hablar con naturalidad, como siempre. Incluso con aquel tono seco, inexpresivo, impersonal..., pero ella había notado perfectamente la angustia y la tensión en su voz.

Muy bien, ya había cumplido el convenio respecto al horario de llamadas. Tenía que hacerlo periódicamente, y si no lo hacía en los momentos convenidos, él entendería que algo le había ocurrido. De modo que se pro puso no dejar da hacer ninguna llamada, porque si eso ocurría, él vendría a la clínica del doctor Yeng, y aunque le costase la vida, no dejaría piedra sobre piedra; lo sabía perfectamente.

La caja fuerte.

¿Dónde podía estar la caja fuerte?

CAPITULO VI

La terapia de grupo del doctor Yeng de mentalizar a sus pacientes a soportar la visión de los demás, tenía ciertos límites que Eva Lamarr no pudo soportar; a la hora de la cena, claudicó.

En la gran mesa del comedor con ventanales al jardín de la parte de atrás del edificio, fue servida la cena, por amables empleados de la clínica. Y en seguida, comenzó el concierto. Mientras algunos que no podían comer por sí mismos, eran alimentados cariñosamente por los enfermeros, otros comían como auténticos cerdos. Era exactamente como estar en una pocilga donde la piara hundía sus hocicos en el comedero. La comida resbalaba por las caras, los platos se volcaban, se oían ventosidades de gran sonoridad, a las que seguían risotadas y algunos eructos...

Sencillamente, Eva Lamarr no pudo soportarlo. Así que abandonó el comedor y corrió a refugiarse en su habitación. Se sentó en el borde de la cama, estuvo unos segundos mirando sus manos supurantes, y por fin escondió el rostro, no menos supurante, en ellas.

—Dios mío —musitó—. ¡Dios mío!...

Tardó todavía algunos segundos en darse cuenta. Entonces se irguió vivamente, muy abiertos los dispares ojos, y exclamó:

—¡Puedo hablar!

Las palabras parecieron rebotar en las paredes, romper el silencio tétrico de aquel lugar, hacerlo añicos. Saltó hacia el armario, sacó el estuche y corrió con él hacia el cuarto de baño. Faltaban unos treinta minutos para el siguiente contacto con Reginald Marks, pues se había calculado hacerlo después de la cena, pero no podía esperar.

—¡Puedo hablar! —exclamó, con todo apenas audible.

—Tranquilízate... —sonó la voz serena de él—. Eso ya lo esperábamos. ¿Cómo te sientes, en general?

Eva Lamarr miró sus manos supurantes.

—Estoy igual —mintió.

—Bien. ¿Sabes algo de la caja fuerte?

—Todavía no. Pero sí he podido captar ya el mecanismo de vigilancia diurna en el jardín... Esta noche espero poder estudiar el de la vigilancia nocturna.

—¿Por qué no lo hiciste anoche mismo?

—Estaba cansada —mintió de nuevo Eva.

Hubo unos segundos de extraño silencio. Sí, él se había sorprendido ante su explicación. ¿Cansada ella?

—Está bien. Ya me dirás mañana cómo funciona la vigilancia nocturna. Pero no te arriesgues: trabaja sobre seguro, sin prisas. Nada habrá servido de nada si te descubren fisgando.

—Claro... No te preocupes.

—¿Cómo es el sistema diurno?

—Es simple, pero efectivo. Son ocho hombres en total, armados todos con pistolas, que llevan bien ocultas. Nadie que les viese por el jardín podría pensar que están armados, y que no son empleados de la clínica normales y corrientes, sin llamar la atención. Entran y salen del edificio como ocupados en trabajos normales, pero siempre se las arreglan para que de los ocho, haya cinco en el jardín: uno, en la entrada, siempre cerca del portero de tumo; otro, vigilando la parte izquierda del jardín, otro a la derecha, y dos en la parte de atrás. Los tres que entran y salen van por todas partes, como si quisieran asegurarse de que cada hombre está en su sitio y que todo va bien.

—Entendido. ¿Hay vigilancia electrónica?

—No, no. De eso nada, estoy segura.

—Mejor. ¿Has evaluado al doctor Yeng?

—Sí... Sí.

—¿Cómo es?

—Alto, grueso, con una cabeza... redonda y pelada, ojos, nariz y boca pequeños.

—Muy bien, pero no me refería a su aspecto físico.

—Parece., una buena persona.

—¿Una buena persona?

—Eso me ha parecido a mí, de momento. Mi amor, él no conoce a Klom, ¿recuerdas? Y yo he pensado algo al respecto: quizá Klom, con su nombre verdadero, estuvo aquí antes, en la clínica de Yeng, y...

—Mo. En ese caso, Klom sabría dónde está la caja fuerte. Yo más bien creo que alguien informó a Klom de lo que estaba preparando el doctor Yeng. Klom recibió el informe con aparente indiferencia, y luego se dispuso a robarle algo a Yeng. Podría ser algo así, si, como opinas. Yeng es una buena persona.

—Si... Podría ser así, claro. ¿Estás solo?

—Sí. Pero sé que hay dos hombres vigilándome, cerca de la casa que he alquilado en la playa. Lo que no sé es si son de Klom o de Yeng.

—Entiendo. No hagas nada... No te arriesgues. Espera a que yo te diga algo. ¿Lo harás así?

—Nunca dejarás de sorprenderme —masculló Reginald Marks—. ¡Es por ti por quien debemos preocuparnos los dos! Por ejemplo: ¿no estamos hablando demasiado rato?

—Tienes razón. Adiós...

—Adiós. Llama mañana a la hora establecida.

—Sí... Sí, llamaré. Adiós...

Eva Lamarr cortó la comunicación, suspiró profundamente y susurró:

—Adiós.... mi amor.

Salió del cuarto de baño, guardó la radio en el estuche, éste en la maleta, y tras reflexionar, apagó la luz. Se acercó a la ventana y miró hacia el jardín. No iba a ser fácil detectar el sistema de vigilancia nocturna, pero se las ingeniaría.

Ya era de por sí difícil poder distinguir, desde allí, a los hombres que debían estar patrullando por entre los arbustos, los árboles, las cañas de bambú... Salir al jardín con el pretexto de dar un paseo le pareció una actitud ingenua. Y sospechosa, desde luego. Pero tenía que encontrar una solución...

Diez minutos más tarde, no había encontrado ninguna solución, pero en cambio vio la llegada de un coche a la clínica del doctor Yeng.

No se movió. Con la luz de su habitación apagada, sabía que no podían verla desde abajo. El coche se detuvo delante del edificio y rápidamente salieron cuatro hombres. Al resplandor de la iluminación del vestíbulo de la clínica, pudo verles lo bastante bien para identificarles como chinos. Nada sorprendente en Singapur. Dos de los chinos llevaban sendos portafolios. Los cuatro desaparecieron del ángulo visual de la espía; por supuesto, entrando en la clínica. El coche se alejó hacia una zona de sombra, y en seguida apareció el conductor, que caminó presurosamente en pos de los demás. Cinco hombres, dos de ellos con portafolios.

¿Médicos?

¿Colegas del doctor Yeng?

¿Colegas, también, del doctor Klom..., que había recurrido a dos espías para que le ayudasen? ¿Por qué dos espías? Y si el asunto tenía alguna relación con cualquier especialidad médica..., ¿por qué no había recurrido a dos espías que tuviesen la carrera de Medicina? Los había. Había espías de todas clases en el mundo. De todas clases.

Eva Lamarr cortó su actividad mental, y pasó rápidamente a la actividad física. Fue a la puerta, la abrió, y salió al pasillo. Se lanzó lo más deprisa que pudo escaleras abajo. En el vestíbulo estaba solamente el chino encargado de la recepción y la centralita. Eva apenas lo miró. Caminó por el amplio pasillo, hacia el fondo del edificio. Iba pensando que la hora de llegada de aquellos hombres podía estar relacionada con la hora de la cena. Nadie les vería llegar, a esa hora. Y por supuesto, si tomaban esta precaución era porque pensaban marcharse cuando tampoco nadie pudiese verlos, muy tarde.

Al doblar el recodo del pasillo todavía pudo ver, como un reflejo, la ropa de uno de los hombres. Segundos después, pasaba ante la puerta que se había cerrado tras aquel hombre. Tenía el oído muy fino; tanto que pese a su pérdida de facultades, aún conservaba las suficientes para oír las voces a través de la puerta. Estaban hablando en chino: mala suerte.

Se detuvo. No había nadie en el pasillo, todo estaba silencioso. Oía muy bien las voces de varios hombres conversando dentro de aquella habitación, en cuya puerta había colgado un cartelito con una inscripción china, que por supuesto, no supo interpretar. ¿Qué podía haber allí dentro?

Su fino oído la salvó. Oyó las pisadas a su izquierda, y se apartó de la puerta rápidamente, caminando hacia el fondo del pasillo.

—¡Señorita Lamarr! —oyó tras ella.

Se volvió. El encargado de la centralita se acercaba, mirándola con inusitada atención. Llegó ante ella, y sonrió amablemente.

—No hay habitaciones por aquí, señorita Lamarr. Aquí abajo sólo están las instalaciones de la clínica. Usted está en el segundo piso, ¿no es así?

A Eva Lamarr casi se le escapó la voz. Profirió uno de sus gañidos, y luego se llevó una mano a la boca y con la otra se tocó el estómago. El chino alzó las cejas.

—¿Comida?

Asentimiento por parte de Eva.

—Pero si todos están cenando, ahora... ¿No ha sido avisada para ir al comedor?

Eva asintió. Luego, hizo una serie de muecas, y el gesto un tanto grotesco de vomitar. O así lo interpretó el chino, que frunció un instante el ceño.

—¿Se encuentra mal?

Ella negó, y luego asintió. De nuevo hizo muecas, señaló hacia donde sabía que estaba el comedor, y emitió otros sonidos, haciendo gestos de rechazo.

—¿Le repugna comer con los demás?

Asentimiento.

—Comprendo. Sí, creo que comprendo... ¿Está buscando la cocina, quizá? ¿No quiere comer con los demás?

Aprobación por parte de Eva Lamarr. El chino sonrió, y la tomó amablemente de un brazo.

—Regrese a su habitación, por favor: me encargaré de que le envíen inmediatamente su cena allí. No ha debido molestarse en bajar a buscar la cocina. Bastaba que hubiese tocado el timbre.

La puerta tras la cual había escuchado Eva las voces se abrió de pronto y apareció Lao Ma. Al ver a Eva Lamarr, hubo una súbita y brevísima crispación en sus párpados. Inmediatamente, atrajo la puerta para cerrarla, por lo que Eva sólo pudo ver, como en una imagen de flash, detalles de un laboratorio, un par de hombres, y la inconfundible figura del doctor Yeng. Fue una imagen brevísima, como un destello. La puerta se cerró a espaldas de Lao Ma, que miró al portero del vestíbulo y preguntó algo en chino. Hubo un breve cambió de palabras entre los dos hombres. Por fin, Lao Ma sonrió, y miró a Eva.

—Debí pensar que no estaría precisamente a gusto entre los demás, sobre todo a la hora de las comidas. Lo siento, señorita Lamarr. Desde luego, le servirán la cena en su habitación. ¿Necesita algo más?

Eva movió negativamente la cabeza. Lao Ma dijo algo, y el otro chino tomó de nuevo a la espía por el brazo. Esta oyó tras ella el sonido de la puerta al cerrarse. Los cinco hombres se habían reunido con el doctor Yeng y con el doctor Lao Ma en una pieza dedicada a laboratorio. ¿No habría sido más lógico que se hubiesen reunido en el despacho de Yeng?

La idea no dio demasiadas vueltas en la mente de Eva. Seguramente, Yeng estaba en aquel laboratorio cuando habían llegado los cinco visitantes. Recordó el despacho de Yeng: muy bien puesto, agradable, bien preparado,

pero falto de calor. Debía estar muy poco en el despacho, y la mayor parte del tiempo en el laboratorio.

El laboratorio. Si Yeng estaba casi siempre allí, ¿por qué no pensar que también estaba allí la caja fuerte? Era lo lógico. Cualquier persona instalaría la caja donde tuviese sus... tesoros lo más cerca de él y el mayor tiempo posible.

¿Estaba la caja fuerte en aquel laboratorio?

* * *

Salió de la cama lentamente, silenciosamente. Este era el momento elegido. Hacía ya horas que había cenado. El silencio era de tumba en la clínica. Calculó que debían ser por lo menos las dos de la madrugada.

Sin encender la luz, Eva Lamarr abrió la puerta de su habitación, miró hacia el pasillo desierto, y salió, cerrando con cuidado. Se estremeció al recordar el coro de llantos de la noche anterior, y el ataque de que había sido objeto. Seguramente, los llantos provenían de aquellos desdichados seres de naturaleza deforme.

Descendió rápidamente a la planta baja. El portero de noche estaba tras el mostrador, anotando algo. O subrayando algo en un libro que estaba leyendo. No miraba hacia allí, ni parecía que, en la postura en que estaba, pudiese captar el movimiento al final de la escalera, pero el riesgo era evidente. ¿O se estaba durmiendo?

No. No se estaba durmiendo, ni mucho menos. De pronto, alzó la cabeza, se pasó las manos por los ojos, miró a todos lados, y acto seguido encendió un cigarrillo. Luego, dedicó de nuevo su atención al libro o bloc en el que anotaba algo.

¡Ahora!

Eva Lamarr se apartó de la esquina tras la cual había estado atisbando hacia el vestíbulo, bajó el último tramo de escalones, y desapareció por el pasillo, fuera del alcance visual del telefonista-portero de noche. Segundos más tarde, estaba ante la puerta del laboratorio Dentro no se oía nada, ni se veía luz por debajo de la puerta. El doctor Yeng debía haberse retirado a descansar. Probó el pomo de la puerta. Cerrada, naturalmente.

De entre los estropajosos cabellos, la espía retiró una horquilla, la introdujo en la cerradura, y tanteó cuidadosamente. Tardó alrededor de quince segundos en desplazar la cerradura. Quince segundos que le parecieron quince siglos. Movió el pomo, empujó la puerta. No había luz. Entró, cerró tras ella, y sacó el pequeño bolígrafo de entre sus escuálidos senos. Una delgada raya de luz cortó la oscuridad: tubos de ensayos, aparatos eléctricos, probetas de todas clases, una camilla metálica, instrumentos de cirugía en un armario de cristal... Era también un quirófano, además de laboratorio.

La delgadísima franja de luz deslizándose metódicamente de derecha a izquierda, iluminándolo todo: taburetes, las grandes lámparas de gran

potencia para dar luz en las intervenciones quirúrgicas, una gran pila de botellas de desinfectar, jabón, cepillos, toallas. El rayo de luz pasó también por encima de un mueble lacado adosado a un rincón, adaptado a éste; tenía dibujadas flores de bellos colores. Había algunos libros encima, y un cenicero, cigarrillos. Era un mueble con varios cajones. La luz prosiguió su desplazamiento. Más probetas. Una gran lámina con la figura de un cuerpo humano desnudo, en el que había señalados muchos puntos del cuerpo con líneas negras. Otra lámina con el grabado de un esqueleto.

El recorrido terminó.

Ninguna caja fuerte.

Si estaba allí, debía estar camuflada. Pero..., ¿dónde?

La luz volvió a circular por la gran pieza destinada a laboratorio y quirófano, y se detuvo en el mueble chino. Eva Lamarr se acercó, cuidando bien de no tropezar con nada. Tiró de uno de los cajones, pero no pudo abrirlo. No porque estuviese cerrado con llave, sino porque era simulado, simplemente. Los demás cajones también eran simulados. Eva Lamarr se acuclilló ante el mueble, cuya altura era de unos noventa centímetros, quizá un metro. Sus dedos fueron deslizándose sobre la finura de la laca, en los ángulos. No percibieron nada, quizá porque el sentido del tacto también estaba deteriorado.

Luego, los huesudos dedos comenzaron a tocar los pomos de los cajones simulados. Derecha, izquierda, hacia dentro, hacia fuera...

El quinto pomo, el derecho del tercer cajón, fue el bueno.

Se oyó un leve chasquido, y la parte frontal del mueble se separó unos milímetros. Eva Lamarr metió dos dedos, y tiró hacia fuera, abriendo toda la parte frontal como una puerta.

Y detrás, la caja fuerte.

La espía apenas pudo contener una exclamación de triunfo. Iluminó la manecilla de la puerta, y luego el dial. Dejó la linternita-bolígrafo en el suelo, aplicó un oído a la puerta de la caja, y comenzó a mover el dial.

La luz del laboratorio-quirófano se encendió.

Eva Lamarr lanzó una exclamación, y dio tal brinco que quedó de pie, vuelta hacia la puerta, parpadeando por la intensidad de la luz. Entre parpadeos, vio perfectamente a Lao Ma. Junto a él, algo más atrás, al doctor Yeng. Detrás de éste, dos chinos más. Estos, y Lao Ma empuñaban pistolas.

—Te lo dije —miró Lao Ma a Yeng.

El doctor Yeng apartó a Lao Ma, entró, y fue hacia la espía, que permanecía inmóvil. La apartó suavemente, cerró la parte frontal del mueble, y sólo entonces la miró, con gran atención. Y fue así como el doctor Yeng reparó en las pústulas rojizas que destilaban sangre en el rostro y en las manos de Eva Lamarr.

—¿Qué es eso? —exclamó.

Eva Lamarr se limitó a parpadear. Yeng la tomó de un brazo, la llevó hacia uno de los focos del quirófano, lo encendió, y la colocó delante. En la puerta,

sonó la voz de Lao Ma, ahora en chino. Hubo un veloz intercambio de palabras un tanto agrias entre Lao Ma y Yeng. Y éste, finalmente, asintió.

—Lao Ma tiene razón: no es el momento de dedicarnos a este aspecto de la cuestión, señorita Lamarr. Más adelante, examinaré esas supuraciones. ¿Todavía no puede hablar?

Eva negó con la cabeza.

—Lástima —se lamentó Yeng—. Convendría que usted nos diese una explicación de su presencia aquí, de su habilidad para abrir una puerta, encontrar el escondite de mi caja blindada..., y hasta atreverse a intentar abrirla, según me ha parecido. Ya que no puede hablar, ¿tendría inconveniente en escribirme respuestas a mis preguntas?

De nuevo negó Eva.

—¿No tiene inconveniente o no quiere hacerlo?

Nueva negativa.

—¿No quiere hacerlo?

Nueva negativa.

Lao Ma intervino de nuevo, hablando en su idioma con Yeng. Este tuvo que aceptar otra vez las sugerencias de aquél.

—Deberá usted decirnos quién es realmente y qué significa todo esto, señorita Lamarr. No importa que se niegue: ya verá cómo nos lo dirá todo. ¡Y muy pronto! —Se volvió hacia la puerta—. Ve a buscar a los demás. Lao.

Lao Ma salió, pero no los dos chinos armados con pistolas, que se acercaron más a Eva, siempre apuntándola. Pero Eva Lamarr prestaba mucha más atención a Yeng que a los chinos armados. Yeng le estaba proporcionando una nueva sorpresa: había abierto de nuevo el mueble chino, y estaba tirando de la caja fuerte hacia fuera, como si tuviese la pretensión de moverla. Pero la movió, y muy fácilmente. La caja salió del mueble, dejando un hueco oscuro detrás. Yen« dio una orden, y uno de los chinos se metió por el hueco.

Eva Lamarr no desperdició ni un segundo. Aprovechando que frente a ella sólo tenía un chino armado, saltó hacia éste, le asió la mano armada, y la apartó hacia el exterior, mientras lanzaba su derecha, cerrada, hacia la frente del chino, en terrible *tsuki*. En circunstancias normales, con aquel golpe la espía podía, no sólo derribar a un hombre, sino incluso matarlo. En sus actuales circunstancias, el golpe solamente hizo retroceder un poco al chino, más irritado que dolorido. ¡Las fuerzas de Eva Lamarr eran tan escasas...!

En cambio, las de Yeng eran muy abundantes. Con una sola mano, asió a Eva por la ropa, la alzó como si fuese una vieja muñeca, y la tiró hacia un lado, como quien arroja unos desperdicios. La espía voló un par de metros, llegó a los pies de la camilla metálica y rebotó allí dolorosamente. Cuando se puso en pie, con la sensación de mayor fracaso de toda su vida, el chino la estaba apuntando de nuevo con su pistola, y el otro, que había encendido una luz en el hueco, hacia lo mismo, mirándola inexpresivamente.

—En verdad es usted... extraña, señorita Lamarr. ¿Qué esperaba

conseguir? ¿Escapar de aquí, quizá incluso de la clínica? Olvide eso: usted ya no saldrá de aquí jamás. Mi viva, ni muerta.

CAPITULO VII

Se oyeron pasos en el pasillo, y Eva miró hacia la puerta. El primero en aparecer fue Lao Ma. Luego...

La sangre se heló en las venas de Eva al ver aparecer a los... seres que seguían a Lao Ma. Eran cuatro hombres..., o algo parecido. Por detrás de estos seres. Eva presintió vagamente la presencia de los cinco visitantes que había visto llegar a la hora de la cena, pero no los miró. Fascinada, aterrada, no podía dejar de mirar a los cuatro hombres que entraban caminando pesadamente detrás de Lao Ma.

Eran cuatro monstruos.

Por su epidermis, y por sus ropas de campesinos, los catalogó como chinos. Pero por el rostro sólo podía catalogarlos como monstruos. Uno de ellos tenía dos orejas en cada lado; otro, sencillamente, no tenía ojos. Mo era tuerto, o ciego; no había perdido los ojos, no. Simplemente, donde debía tener ojos, o las cuencas vacías, todo era carne, todo era cara, como las mejillas. Jamás había tenido ojos. Otro tenía unos brazos cortísimos, y se iba rascando las mejillas, de las que pendía la carne en horripilantes bolsas verdes, increíbles. El cuarto tenía la cabeza en forma de ocho: a la altura de las sienes, la cabeza se estrechaba tanto que parecía un ocho, en cuyo lazo superior había dos ojos diminutos, y en el inferior una horrenda boca de dientes enormes, que proyectaban los labios como si fuesen a atravesarlos de un momento u otro.

Eva Lamarr retrocedió, llevándose una mano a la frente. Se sentía al borde del desmayo, del colapso

—Dios... mío... —jadeó—. No puedo... resistir más... todo... todo esto...

—¿De modo que habla usted? —La agarró Yeng por un brazo—. Me alegro mucho, porque eso lo simplificará todo. Venga conmigo, señorita Lamarr: va a ver usted algo que muy pocos seres han visto. ¡Va a ser una gran privilegiada, se lo aseguro!

Lao Ma dijo algo en chino, y Yeng, como quien recuerda algo de pronto, asintió. Soltó a Eva, se acercó a los cinco hombres que la espía había visto llegar, y les fue estrechando la mano. Se despedían. Hablaban en chino, como murmullos. Los cinco hombres se fueron, acompañados de Lao Ma. Pero los cuatro monstruos se quedaron, tres de ellos mirando como absortos a todos lados, uno rezumando baba en cantidad increíble. El que no tenía ojos movía la cabeza de un lado a otro, orientando su sentido auditivo siempre en busca de la máxima percepción.

Guiados por uno de los chinos, los cuatro monstruos comentaron a desaparecer por el hueco.

—Ahora usted, señorita Lamarr —dijo Yeng—, ¿O prefiere bajar los escalones rodando?

La espía optó por bajarlos sobre sus piernas. Descendió una veintena de

escalones, llevando tras ella al chino armado, y en último lugar a Yeng. Llegaron a una pequeña pieza de la que arrancaba un pasillo, con puertas a los lados. Los monstruos entraron por una de aquellas puertas, y Yeng indicó a Eva que fuese tras ellos.

Era otro quirófano.

Pero cuando Eva Lamarr vio lo que había en aquel quirófano, cuando vio lo que colgaba del techo, sintió como un mazazo en la cabeza, sus ojos giraron, un suspiro escapó de sus labios, y cayó rodando por el suelo, desvanecida.

* * *

Cuando abrió los ojos, vio lo mismo que había ocasionado su desmayo. Lanzó un grito, e intentó taparse los ojos con las manos, pero no lo consiguió. Tras contemplar alucinada la... decoración de aquel quirófano, miró hacia sus manos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba tendida en una camilla, con los brazos y piernas atados a ésta. Y completamente desnuda: Junto a ella, los cuatro monstruos, tres de los cuales la miraban, babeantes. Al otro lado, vio a Yeng y a Lao Ma. Un poco más allá, a los dos chinos armados...

La mirada de Eva pareció saltar de nuevo hacia el techo, hacia la decoración. Decoración que consistía en miembros humanos colgando por medio de alambres. Había brazos, pies, ojos, orejas, piernas, manos medias cabezas, calaveras, trozos de carne inidentificables, huesos mondos de todas las partes del cuerpo...

—Mi pequeño cementerio, señorita Lamarr —oyó la voz amable y educada, en perfecto inglés, del doctor Yeng—. Dentro de poco, usted ocupará un puesto ahí arriba.

—No —jadeó Eva—. ¡No, no, no...!

—Me temo que sí. Y naturalmente, por secciones. Quiero decir que jamás tendría el mal gusto de colgarla entera ahí arriba. La descuartizaré adecuadamente, claro está.

Eva sentía unas náuseas horribles al ver aquel mar de manos, pies, brazos, orejas y sobre todo ojos que colgaban sobre ella. Sobre todo, los ojos, los globos oculares, de los que había quizá doscientos, todos con la pupila hacia abajo, bien visible. Ojos... de todas clases, repugnantes unos, hermosos otros, de todos los colores, de diferentes tamaños... Ojos que parecían flotar sobre el desnudo cuerpo de la espía.

—Pero antes de descuartizarla y distribuir sus órganos por mi cementerio de estudios, espero de usted un pequeño servicio, a cambio del cual yo le ofreceré otro: la matare rápidamente, con una «imple inyección. ¿Está de acuerdo?

—¿Qué... qué servicio?

—Dígame quién es exactamente usted y qué ha venido a hacer a mi

clínica.

—Soy Eva Lamarr, y...

—¡Ya basta de tonterías! —Aulló de pronto Yeng—. ¿Cree que va a estar engañándome todo el tiempo? ¡Usted no puede tener nada que ver con la persona que aparece en el pasaporte británico que tengo en mi poder! Podría ser así si estuviera disfrazada, o algo parecido, pero no está disfrazada. La examiné ayer, la he examinado ahora, mientras estaba sin sentido. ¡Usted es así, y no me diga que antes era como la fotografía, y que se ha... transformado en un monstruo para poder entrar aquí, porque sabía que al verla yo no podría resistir la tentación de examinar su caso! ¡No me diga eso! ¿Quién es usted?

Eva, que había desviado por fin la mirada de los miembros que colgaban del techo, suspiró.

—Le prefería de la otra manera, doctor Yeng: más reposado y amable.

Los párpados de Yeng se entornaron malignamente. De pronto, su sonrisa reapareció.

—De acuerdo, señorita Lamarr. ¿Quién es usted y qué hace aquí? Vamos, vamos... ¡Y no espere ayuda del exterior! Tres de mis hombres han ido ya a buscar a su amigo, el señor Marks. Lo traerán, preferentemente vivo. ¡Y si usted no contesta a mis preguntas, él lo hará, se lo aseguro! Para usted, dado su aspecto monstruoso, quizá sería un alivio morir, pero no será lo mismo para el apuesto señor Marks.

—¿Ha enviado usted a por Reginald? —Susurro Eva— Ahora es cuando no le diré nada, doctor Yeng.

Yeng la contempló con expresión incrédula, incluso estupefacto. De pronto, se echó a reír.

—¡Me pregunto qué clase de persona es usted! —exclamó, todavía riendo —. ¡Pero sí sé que no sabe dónde se ha metido usted, señorita Lamarr!

—Muy bien; ¿dónde me he metido?

—Está usted en...

Lao Ma asió a Yeng por una manga, y dijo algo en chino. Yeng quedó boquiabierto un instante, volvió a sonreír, y otra vez miró malignamente a la espía.

—Es usted muy lista... Lo es tanto, que ha comprendido que podría tirar de mi lengua utilizando el mejor resorte: haciéndome hablar de mi trabajo personal. Por fortuna, está aquí Lao Ma, mi ayudante en la otra vertiente, y me ha llamado al orden. No le diré nada yo a usted. Es usted quien va a decirme cosas a mí.

—No le diré nada.

El doctor Yeng se echó a reír, cada vez más estruendosamente. Los tres monstruos videntes le contemplaban, el que no tenía ojos había vuelto el rostro hacia él, y los cuatro sonreían, babeando. En seguida, comenzaron a reír, de un modo grotesco, escalofriante. Sus risas eran como chirridos, como roces de piernas. El que tenía la cabeza en forma de ocho comenzó a dar saltitos alegremente. Eva Lamarr cerró los ojos.

—Ah, no —exclamó Yeng, entre risas—. ¡Desde luego que no lo va a tener tan fácil! ¿Cree que le va a bastar cerrar los ojos? ¡Le demostrare todo lo contrario! Primero voy a hacerle una... demostración de su destino, y luego ya veremos si permanece en esa postura tan descabelladamente firme. ¡Ya lo veremos!

Se dirigió a los dos chinos armados, en su idioma. Los dos hombres asintieron, y sacaron de allí a tres de los monstruos, dejando solamente al que tenía la cabeza en forma de ocho, que seguía saltando y riendo.

—Es un pobre hombre del interior de China. Ni que decir tiene que no entiende una sola palabra de inglés, ni de ningún otro idioma que no sea el suyo. Periódicamente, unos... amigos míos me traen material de esta clase...

—¿Material? Habla usted como si fueran objetos, no personas.

—¿Le parece a usted que son personas? —Se pasmó Yeng—. Bueno, no vamos a discutir eso. Para mí, son sólo material para estudios. Como le decía, periódicamente mis amigos me traen esta clase de material de lo más recóndito de China, y de otros sitios, si encuentran seres mal formados, deformados, monstruosos. Ellos los recogen, forman grupos, y me los van trayendo...

—¿A cambio de dinero?

—¡Dinero! ¿De dónde podría yo sacar dinero? ¡Pero si precisamente lo que me falta es dinero, y material! Por eso, cuando ellos me propusieron facilitarme precisamente dinero y material para mis investigaciones...

—Cuidado, Yeng —dijo Lao Ma, en inglés.

—Ah, sí... ¡De nuevo iba a soltar demasiado mi lengua! Voy a hablar solamente de mi parte científica, que está financiada en todos los aspectos por esos amigos. Como le decía, mis amigos recogen a los seres malformados, deformes, monstruosos, y me los van trayendo. Con ellos, yo voy estudiando, para mayor gloria de la Ciencia. ¿No cree usted que sería un gran adelanto científico que yo aportase soluciones a estas monstruosidades, a estos... errores de la naturaleza? Estoy tratando de descubrir por qué hay seres monstruosos, y el modo de evitarlo no sólo estudiando a los que ya lo son, a fin de poder curar a los que vayan naciendo, sino, que, básicamente, mi meta es adquirir los conocimientos suficientes sobre los monstruos de la naturaleza para evitar que nazcan, que tan siquiera puedan ser engendrados..., y si lo son, detectarlos dentro de la madre y evitar su nacimiento. ¿Me va comprendiendo?

—Si —musitó Eva.

—¡Bien! Ese es mi trabajo científico. Pero, como usted comprenderá, para adelantar en mis investigaciones, necesito material, a fin de estudiar, estudiar sin descanso. Cualquier caso de deformación me interesa, señorita Lamarr. Y me permito insistir en que usted, o quien la ha enviado aquí, sabía eso, y por eso recurrió a usted: sabía que yo la admitiría en mi clínica sin vacilar, que no podría resistir examinarla. Por eso la envió, para que usted hiciera algo aquí dentro. Abrir mi caja fuerte, evidentemente. ¿Qué buscaba usted en ella? ¿Es

una espía y buscaba los documentos relacionados con el espionaje, o la envía ese tal doctor Klom para robarme mis apuntes sobre mis adelantos científicos?

—¿Qué documentos de espionaje?

—Observe usted a Lao Ma —rió Yeng—, me está asesinando con la mira tan sólo porque he pronunciado la palabra espionaje. No he debido hacerlo, desde luego. Hablaremos sólo de Ciencia. ¿Eran mis apuntes científicos los que usted quería?

—Sólo buscaba dinero.

Yeng quedó de nuevo atónito un instante. Pero, en el momento en que su expresión comenzaba a tornarse amenazadora, la puerta se abrió, y entraron los dos chinos armados, diciendo algo. Yeng miró de nuevo a Eva.

—Los otros tres ya están en sus... aposentos, esperando su turno. Nos ocuparemos ahora mismo de este monstruo, sólo para que usted sepa lo que le espera exactamente, si no contesta a mis preguntas de una vez por todas.

Dio una orden, y los dos chinos llevaron al monstruo hacia la mesa-quirófano, lo tendieron allí, y comenzaron a atarlo con las fortísimas correas.

—¿Qué van a hacerle? —casi tartamudeó Eva.

—¿Ve usted todo eso de ahí arriba? ¿Ve mi cementerio de despojos? —Mientras hablaba, Yeng se quitó la bata, y comenzó a ponerse otra, limpia—. Es fácil comprender que esos miembros han sido amputados o extraídos a monstruos como usted, o como ese desdichado al que le ha llegado el turno. —Yeng fue a las piletas, y comenzó a desinfectarse las manos—. A cada ser malformado, le amputo o extraigo la base de su deformación. Pueden ser los ojos, las orejas, la lengua, un brazo, una pierna... La pregunta es: ¿por qué una oreja es enorme, monstruosa, o por qué un ojo está velado y muerto, o por qué un brazo o mano son anormales, o por qué una cabeza es gigantesca, o en forma de ocho? Siempre existe la pregunta base. Y yo voy a buscar la respuesta base, para estudiar el porqué, para llegar a saberlo algún día. ¿Cómo? ¡Pues cortando el miembro u órgano deforme para poder estudiarlo!

—¿Quiere decir...? ¡Oh, por Dios, usted ha asesinado a cientos de personas para poder... estudiar! ¡Todo este cementerio está lleno de las pruebas de que usted ha asesinado a cientos de personas!

—¿Asesinado? No es así exactamente, ni mucho menos. Solamente han entregado su cuerpo a la Ciencia. Mis amigos van por toda China, y cuando ven un ser deforme, hablan con la familia. Les dicen que se van a llevar al .monstruo a un lugar donde intentarán curarlo, y la familia siempre lo entrega, encantada de veras. Si lo curan, bien. Si no lo curan, mejor que muera. En realidad, jamás han tenido... reclamaciones. China es muy grande, tiene muchos habitantes. No será a los seres defectuosos a los que se eche de menos, ¿comprende?... Ahora, va usted a asistir a una vivisección.

—¿Qué? —exclamó Eva.

Yeng dio una orden, y entre Lao Ma y los otros dos chinos colocaron la camilla a la que Eva estaba atada formando ángulo con el suelo, de modo que ella quedaba incorporada. Yeng, que se estaba poniendo unos guantes de

goma, añadió otra orden, y ayudado por los otros dos chinos, Lao Ma colocó en los ojos de la espía unos pequeños aparatos metálicos, esféricos, cuyo cometido comprendió inmediatamente: no podía cerrar los ojos.

—Es para que usted no recurra al simple procedimiento de cerrarlos y no ver lo que voy a hacer —explicó Yeng—. Y recuerde en todo momento que si no contesta a mis preguntas, lo mismo que voy a hacer con este hombre, lo haré con usted.

Tomó un bisturí, se acercó a la mesa-camilla, y tras encender dos potentísimos focos con un golpe de codo, se colocó junto al monstruo de la cabeza en forma de ocho, que estaba atado sólidamente. El bisturí centelleó en el aire, y se hundió en un lado del cuello del monstruo, que emitió un agudo chillido... que terminó en seguida. Comenzó a debatirse como enloquecido, pero, por supuesto, ni él ni nadie era capaz de desprenderse de aquellas correas.

Yeng se volvió a mirar a Eva, que le contemplaba con expresión desorbitada.

—Acabo de dejarlo mudo. Los gritos me ponen nervioso. Ahora, observe usted, señorita Lamarr.

Durante un cuarto de minuto, el corpachón de Yeng ocultó el espectáculo a los ojos de Eva Lamarr. De pronto, Yeng se volvió, mostrando en alto algo que chorreaba sangre.

—Las orejas —explicó—. Resultan muy molestas a la hora de penetrar en la cabeza por el oído, de modo que vamos a retirarlas. No sirven para nada.

¡Chap!, se oyó el sonido de las orejas al caer dentro de un cubo. Eva Lamarr notó una violentísima arcada, como si su estómago acabase de dar una voltereta. Veía cómo el cuerpo del monstruo se agitaba en vano, pero de pronto quedó quieto. Yeng continuó manipulando durante unos minutos, de nuevo ocultando con su cuerpo lo que sucedía. Cuándo se dio la vuelta y se acercó a Eva, llevando algo en la mano izquierda, la espía vio el rostro del monstruo convertido en una enorme mancha de sangre.

—Los ojos —dijo Yeng, colocando de pronto su mano, con los dos globos oculares en la palma, delante de los de Eva Lamarr—. Son otro obstáculo para licuar al cerebro, así que, ¡fuera con ellos!

Eva notó la violencia de la reacción de su estómago al ver ante sus ojos los del desdichado ser monstruoso. Su cuerpo se estremeció, le pareció que la cabeza estallaba en miles de lucecitas, y de pronto, se relajó, nuevamente perdido el conocimiento, nuevamente sumergiéndose en aquel negrísimo pozo.

* * *

Como de un negro pozo, los tres hombres aparecieron a la vez a la luz lunar, muy cerca de la casa construida cerca de la playa, alejada unos cientos de metros del límite de Pasir Panjang.

—¿Seguro que hace tanto rato que se apagó la luz? —preguntó uno de ellos, en chino.

—Seguro —le contestó uno de los otros, en el mismo idioma—. Se duerme bastante tarde, pero ya hace casi tres horas que apagó la luz. Debe estar durmiendo.

—Está bien. No olvidéis que a ser posible debemos llevarlo a la clínica con vida. Pero al menor peligro, lo mataremos. ¿Nadie le ha visitado?

—Nadie.

—Quizá todo sea cierto, y estén ellos solos, y sea todo lo que dijeron. Pero Lao Ma no quiere dejar ningún cabo suelto, así que vamos a por el señor Marks. Y no olvidéis lo que os he dicho.

Los otros dos, los que llevaban tiempo vigilando a Reginald Marks, sin saber que él los había detectado fácilmente, asintieron con la cabeza. No hacía falta hablar más. Se separaron, y cada uno se acercó a la casa por un sitio diferente, para converger a los pocos minutos ante la puerta, en el porche.

El que había sido enviado por Lao Ma probó la puerta, pero, desde luego, estaba cerrada. Ningún problema. Utilizando una ganzúa con evidente habilidad, el hombre tardó muy poco en abrir la cerradura. Empujó la puerta, que cedió en silencio, sin un chirrido. Como sombras, los tres chinos se deslizaron en el interior de la casa. Había luz de luna en el vestíbulo, y luego en el comedor-salón, orientado hacia la playa al ventanal. Tan sólo con esa luz, tuvieron suficiente para poder orientarse por el pasillo hacia los dormitorios. Había tres, al parecer, pero dos de las puertas estaban cerradas, y sólo una abierta, de par en par, con toda confianza. En la cama distinguieron, tenuemente el bulto del cuerpo.

A una seña del que dirigía la incursión, se acercaron a la cama. Las persianas de la ventana estaban entornadas, pero entraba un resplandor de luna suficiente. Uno de los chinos se colocó junto a la mesita de noche, encontró el interruptor de la lamparita, y lo accionó, diciendo:

—¡Arriba, señor Marks! ¡Le están esperando...!

CAPITULO VIII

La espera de Yeng terminó.

Eva Lamarr recuperó el conocimiento, y sus ojos reaccionaron brevemente protegiéndose de la luz, desviándose, pero sin poder cerrarlos, pues todavía tenía puestos aquellos aparatos metálicos.

—Ya vuelve en sí —oyó la amable voz de Yeng—. Me parece que es usted demasiado impresionable, señorita Lamarr. A fin de cuentas, los ojos no se los he sacado a usted... todavía. ¿Le parece que sigamos con la demostración?

—No... No, por Dios... ¡No!

—¿A qué Dios se refiere usted? —rió Yeng.

—No siga con eso... ¡No me obligue a presenciar eso!

—Me parece —intervino Lao Ma, risueño—, que se volverá a desmayar, Yeng.

—Sí, eso me temo. Vamos a darle una dosis conveniente de estimulante;

—No —jadeó la espía—. ¡No necesito nada!

—Claro que sí, señorita Lamarr. No queremos que usted nos haga perder más tiempo con sus trucos. La verdad es que Lao y yo hemos comentado que quizá usted está fingiendo, ganando tiempo para no sabemos qué. Y nosotros no queremos perder más tiempo, mientras usted finge estar desmayada... o lo está de verdad. De modo que vamos a administrarle un estimulante a fin de que no se nos desmaye más. Resulta fastidioso.

—No me desmayaré. ¡Les aseguro que no me desmayare! ¡No me inyecten nada!

El doctor Yeng no le hizo el menor caso. Tomó la jeringuilla que Lao Ma había preparado rápidamente, la clavó en el brazo de Eva, y le inyectó el estimulante. Durante medio minuto no ocurrió nada especial. Los dos médicos esperaban alguna reacción por parte de Eva Lamarr, pero nada sucedía.

Eva Lamarr ni siquiera podía atenderlos. Estaba ocupada. Ocupada con las nuevas sensaciones que acudían a su cuerpo, a su mente, a sus ojos. De pronto, comenzó a gritar, y Yeng respingó, mirando sobresaltado a Lao Ma.

—¿Qué has preparado?

—El estimulante, claro está —gruñó Lao Ma.

—Pero... no entiendo entonces... lo que le pasa...

—¿Le pongo un sedante?

—¡Claro que no! —Gritó Yeng—. ¿Pretendes matarla sin que nos diga lo que necesitamos saber? ¡Vamos, sujetadla bien! ¡Colocadle todas las correas, vamos, vamos!

Los dos chinos se abalanzaron hacia Eva, y comenzaron a colocarle las correas que todavía pendían sueltas. Tuvieron que recurrir a la ayuda de Yeng y Lao Ma, pues Eva Lamarr se debatía furiosamente, sudando, supurando por

sus pequeñas ampollas...

Yeng no salía de su asombro. No podía saber lo que la inyección estimulante había ocasionado en la debilitada mente de la espía. No podía saber que Eva Lamarr estaba viendo cómo todo el cementerio que tenía encima caía sobre ella. No podía saber que para Eva Lamarr, aquellos brazos, ojos manos, pies, lenguas, orejas..., caían sobre ella en enloquecedora lluvia, Las imágenes se mezclaban en su mente, aparecían y desaparecían, como explosiones alucinantes: ojos que se acercaban a su rostro, lenguas que lo lamían, pies que lo pisaban, manos que lo golpeaban. Sobre la espía, los miembros suspendidos habían emprendido una danza escalofriante. Ella era el centro de todo, y giraba, y giraba y giraba y giraba... Pero allá donde fuese, los ojos, las lenguas, las manos, los pies... la seguían. Algunos ojos estallaban ante su rostro, salpicándola. Llegaban brazos con horrendos muñones y manos deformes que la abrazaban, bocas que la mordían, lenguas que se introducían furiosamente en sus orejas...

—¡AAAaaaAAAAA...!

—¡Cálmese! —Gritó Yeng—. ¡Cálmese, señorita Lamarr, no pasa nada!

—¡AAAAAAAAA...!

—¡Cálmese! ¡Está al borde del colapso!

El cuerpo de Eva Lamarr se tensó..., y de pronto, súbitamente, se relajó.

—¡Ha muerto! —exclamó Lao Ma.

Yeng le puso una mano bajo el flácido seno izquierdo y movió negativamente la cabeza.

—No —susurró—. No ha muerto. Ha vuelto a desvanecerse. Tenemos que seguir esperando.

—Si seguimos así, ya no hará falta que ella nos diga nada, pues Ah Meng y los otros llegarán con el señor

Marks. Ya hace rato que se fueron, así que no pueden tardar.

El doctor Yeng se pasó las manos por su cara de luna llena.

—Está bien —musitó—. El que primero esté en condiciones, será el que nos tendrá que decir lo que ocurre. Esperaremos, ya que no hay más remedio.

—No tardarán mucho —Lao Ma consultó su reloj—. Le dije a Ah Meng que viniesen con el coche del británico, tanto si lo capturaban como si lo mataban.

* * *

El portero vio las señales hechas con la luz del coche, y se acercó a las verjas, las abrió, y salió. Se inclinó hacia la ventanilla, y vio al volante a Reginald Marks, adusto el gesto. A su lado, vio a Ah Meng, y detrás, las figuras de los otros dos chinos.

—Déjanos pasar, Chio —dijo Ah Meng, en inglés—, el doctor Yeng nos está esperando.

—Sí, lo sé. De acuerdo, seguid hacia la clínica.

El llamado Chio acabó de abrir las verjas completamente, y el coche entró en el recinto. No se detuvo. Siguió hacia el edificio, del que sólo se veía el resplandor de algunas luces que quedaban encendidas toda la noche. Llegaron allá, el coche se detuvo, y los dos chinos que iban en el asiento de atrás salieron rápidamente, reuniéndose con Ah Meng, que salió más despacio. Desde las sombras del jardín, tres de los vigilantes nocturnos estaban presenciando la escena. La luz llegaba por detrás de Ah Meng y de los otros dos compañeros, pero eso no importaba. Reconocían bien a Meng, y a los otros dos, por las ropas. En cuanto al hombre blanco que llegaba con ellos, no había problemas identificatorios, ciertamente. Vieron cómo Ah Meng lo tomaba del brazo, y caminaban hacia la entrada. Los otros dos se colocaron detrás del británico y de Ah Meng, con las manos en los bolsillos. Seguramente, el británico era de cuidado, y no podían descuidarse con él. Los cuatro entraron en la clínica, y los vigilantes nocturnos se dispusieron a seguir su ronda, desentendiéndose del asunto. Lo que ocurriese dentro de la clínica ya no era cosa de ellos; ellos tenían que vigilar fuera, no dentro. Además, todo iba bien...

El chino encargado de la centralita estaba mirando hacia la puerta cuando aparecieron Reginald Marks y Ah Meng.

—Ah —sonrió—. Lo habéis cazad...

No dijo más. Estupefacto, se quedó mirando a los dos chinos que habían entrado detrás de Marks y Meng. No los conocía. Aquéllos no eran los compañeros que habían sido destacados por Lao Ma para vigilar la casa del británico. La mirada del portero salló hacia Ah Meng, con expresión de alarma. Vio la crispación en el rostro de Meng y entonces lo comprendió todo. Lanzando una exclamación, bajó las manos, abrió el cajón que tenía ante su vientre...

Plop, plop, plop, disparó uno de los chinos desconocidos.

El portero se estremeció a cada balazo. El último pareció aplastarlo contra la pared, con silla y todo. Luego, desapareció detrás del mostrador, ya en silencio, ya cortado su ronco suspiro de dolor. El chino que había disparado contra él pasó a examinarlo, mientras el otro apuntaba a Ah Meng con su pistola, asimismo provista de silenciador. Igual que la de Reginald Marks, que Klom no había tenido más remedio que proporcionarle.

—Está muerto —dijo el chino.

—Quédese ahí vigilando —dijo secamente Marks— Y usted, llévenos inmediatamente a donde está la señorita Lamarr.

Ah Meng miró al británico, y se estremeció al ver su dura mirada. Dura y fría, terrible, implacable. En un instante, Ah Meng recordó lo sucedido en la casa de la playa, cuando t51 y sus dos compañeros creían haber cazado al señor Marks...

En el momento en que él decía: «¡Le están esperando...!», y veía que en la cama no había una persona, sino bulto de ropas, oía junto a él un gemido de dolor, y uno de sus compañeros salía disparado hacia delante, cayendo de

bruces sobre la cama. El había comenzado a volverse, y fue entonces cuando recibió el tremendo rodillazo en los testículos, que lo fulminó de rodillas al suelo, desencajado el rostro, nublada la visión, olvidado completamente de la pistola, que por otro lado, había perdido al recibir el tremendo impacto. Como a través de una niebla que lo aislaba y lo insonorizaba todo, vio a su segundo compañero en el momento en que disparaba con su pistola. Pero una sombra pasó inclinada, la bala pasó zumbando cerca de Ah Meng y lúe a clavarse en la pared, mientras aquella sombra llegaba ante su compañero, y de un golpe, le arrancaba la pistola de la mano. Luego, la sombra desapareció detrás de su compañero, y Ah Meng sólo vio aparecer las manos, que asieron la cabeza de su compañero por la barbilla y la coronilla, y la obligaron a girar. Mientras viviese. Ah Meng no olvidaría el crujido que oyó, tras el cual, las manos de Reginald Marks soltaron a su compañero, que cayó al suelo como un muñeco. Y el otro, sobre la cama, no se movía.

Cuando Ah Meng vino a darse cuenta, unas manos lo habían puesto en pie rudamente, y su propia pistola le apuntaba al centro del rostro.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué han venido a matarme?

No. No había podido negarse a contestar las preguntas del hombre de los ojos taladrantes. Luego, habían simulado que era él, Ah Meng, y sus dos amigos, quienes llevaban prisionero a Marks a la clínica, pero era exactamente al revés: habían aparecido dos hombres de raza china que, evidentemente, estaban en buena armonía con Reginald Marks. Luego, otro chino, de cabeza redonda, cabellos planchados. La conferencia entre este hombre y Marks había sido breve, y Marks había montado toda la comedia que le había llevado al interior de la clínica sin ninguna dificultad.

—¿Me ha oído?

Lo voz de Marks pareció estallar dentro de la cabeza de Ah Meng, que asintió, saliendo con sobresalto de su abstracción.

—Sí... Sí, sí.

—Pues camine. Vamos directos adonde está Eva Lamarr.

Ah Meng comenzó a caminar, lamentando que de noche no estuviese permitido a nadie circular por la clínica. De noche, cada cual debía estar exclusivamente en su puesto. Los vigilantes del jardín, en el jardín, y el resto del personal, excepto el vigilante de la entrada a la clínica, en sus habitaciones.

Llegaron ame la puerta del laboratorio-quirófano, y Meng la empujó. Marks entró llevándolo por delante, pero la precaución era innecesaria.

En seguida, la mirada del espía fue hacia la caja fuerte, y acto seguido, despreciándola absolutamente, hacia el hueco que se veía en el fondo del mueble chino.

—¿Qué hay ahí? —susurró.

—Un sótano... La señorita Lamarr está abajo, supongo.

—Vamos allá,

—Un momento —dijo uno de los amigos de Marks—. Esa debe ser la caja

fuerte del doctor Yeng. Ante todo, ábrala, para...

—Ante todo —cortó Marks—, iremos a buscar a Eva.

—¡Usted tiene que...!

—¿Quiere que le rompa la espalda y le arranque la cabeza? —Propuso fríamente Reginald Marks—. Supongo que no, ¿verdad? Entonces, cierre la boca.

El rostro del chino perdió color, parecía no saber qué hacer. Y lo mismo le sucedía a Marks con respecto a Ah Meng, al que miraba dubitativo. Realmente, ¿para qué necesitaba ya a Ah Meng? Lo agarró de pronto por un brazo, lo hizo girar como si fuese un simple muñeco, y le descargó un golpe en lo alto de la cabeza con el cañón de la pistola. La piel de Ah Meng reventó, apareciendo algunas salpicaduras de sangre, y el chino se desplomó despacio, sujeto por Marks, que finalmente lo arrastró, hasta dejarlo oculto.

Volvió junto al chino amigo de Klom.

—Quédese aquí, por el momento.

—Usted... tiene que abrir esa caja.

—Lo haré... cuando ella esté a salvo.

Sin vacilar, se metió en el hueco, y comenzó a descender, preparada la pistola, atenta la mirada.

* * *

La mirada de Eva Lamarr se aclaró, pareció recobrar la luz. Los ojos, dilatados por los aparatos metálicos, giraron en las órbitas en todas direcciones. Un gemido brotó de la boca de Eva al ver sobre ella el cementerio del doctor Yeng, todos aquellos miembros y órganos colgando.

No había sido verdad.

No había caído sobre ella, ni...

—¿Se encuentra bien?

El ojo negro y el ojo azul-gris desvaído miraron hacia el doctor Yeng.

—¿Qué ha pasado? —susurró Eva.

—No tengo ni idea —farfulló el chino—, le administramos un estimulante, y pareció volverse loca. ¿Está bien, ahora?

—No sé... No lo sé.

—Cuando menos, vuelve a estar consciente —gruñó Lao Ma.

—Cierto —asintió Yeng—. Y vamos a procurar que no vuelva a desmayarse, señorita Lamarr. La verdad es que hasta yo mismo estoy impacientándome. ¿Qué pretendía usted al intentar abrir mi caja?

—No se lo diré.

—¡Vamos, no sea estúpida! El señor Marks no tardará en ser traído aquí, y cuando los tenga a los dos, toda esperanza habrá terminado para usted. ¿Por qué no aceptar mi oferta de morir dulcemente?

—Quizá ella prefiere vivir dulcemente —sonó la voz detrás de todos, en la puerta.

Sólo Eva Lamarr reconoció aquella voz al instante, y no pudo contener su grito de alegría:

—¡Regio! ¡Sabía que no podrían...!

Los cuatro hombres lanzaron diversas exclamaciones, volviéndose todos hacia la puerta, por supuesto los dos chinos orientando sus pistolas hacia allí, dispuestos a disparar...

Plop, plop, disparó Reginald Marks.

Uno de los chinos armados recibió el balazo en una sien, cuando todavía estaba girando. El otro fue alcanzado de lleno en el corazón, y el fortísimo impacto lo derribó violentamente hacia atrás, lanzando la pistola al aire, y cayendo de cabeza.

La pistola de Marks quedó apuntando al pecho de Lao Ma, que se quedó inmóvil, con la mano casi tocando su pecho, hacia la axila izquierda.

—Una de dos —dijo Marks—, o termine el gesto, o coloque sus manos sobre la cabeza, doctor Lao Ma. La decisión, ahora.

Lao Ma vaciló sólo un instante. Luego, lentamente, puso sus manos sobre la cabeza.

—Muy bien —aprobó el espía—. Ahora, doctor Yeng, abra usted la bata de su colega con la mano derecha, agarre con dos dedos la pistola... ¡sólo con dos dedos!, y tírela por el suelo hacia mí. Espero que entienda usted que la situación ha cambiado irremediablemente... para ustedes.

Yeng, cuyo rostro estaba demudado, pudo musitar, por fin:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren, quien les envía realmente?

—Su colega el doctor Klom. Haga lo que le he dicho.

Yeng obedeció. Sacó con dos dedos la pistola de Lao Ma, se inclinó, y la deslizó por el suelo hacia Marks, que la recogió, flexionando las piernas, sin dejar de mirar a sus dos prisioneros. Se guardó el arma de Lao Ma en un bolsillo, y miró a éste.

—Proceda a desatar a la señorita Lamarr. Siempre de frente a mí, de modo que yo le vea las manos. Al menor gesto que me inquiete, le volaré la cabeza.

Lao Ma obedeció, con gestos rígidos, envarado. Su mirada parecía saltar de cuando en cuando hacia Marks, esperando quizá un descuido por parte de éste. Pero Reginald Marks no tenía ningún descuido: sus ojos parecían los del halcón vigilando la presa elegida.

Y todavía estaba Lao Ma desatando a Eva Lamarr cuando ésta comenzó a decir:

—Vinieron cinco hombres, dos de ellos con portafolios. Hace un buen rato que se fueron..., pero ya no llevaban los portafolios. Creo que son espías de la China continental..., pero también se dedican a traerle al doctor Yeng seres monstruosos, para que estudie con ellos.

Marks asintió, y miró un instante a Yeng.

—Vamos a dejar aparte la cuestión científica. ¿Cuál es su juego de espionaje, doctor Yeng?

—No se lo digas — jadeó Lao Ma—. ¡No se lo digas, Yeng!

—Si no cierra la boca —dijo fríamente Marks— se la cerraré yo. ¿Doctor Yeng?

—¿Ustedes... ustedes no van a perturbar mis... estudios científicos? —pareció implorar Yeng.

—¿Por qué habríamos de hacerlo? Al contrario: en vistas a posibles dificultades por otro lado, nos interesa mucho que usted estudie..., hasta que sepa qué se puede hacer por Eva. ¿Le parece razonable mi postura?

—Sí —susurró Yeng.

—Entonces, considere que hemos hecho un trato... ¿Estás bien?

La pregunta iba dirigida a Eva Lamarr, que, ya libre de las correas, había saltado al suelo. Asintió, fue adonde estaban sus ropas, y comenzó a vestirse, evitando mirar a Reginald Marks, que ya había visto las pequeñas ampollas supurantes, y estaba lívido.

Cuando ella terminó de vestirse, dirigió una mirada a Marks, que sacó la pistola de Lao Ma y la tendió hacia ella. Eva Lamarr se acercó, la tomó y se dispuso a apartarse de él, pero Marks la abrazó por los hombros, y la retuvo junto a él.

—¿Y bien, doctor Yeng?

—No lo digas... ¡Yeng, no lo digas! —gritó Lao Ma.

Marks adelantó el brazo, y la pistola quedó firmísimamente apuntada a Lao Ma.

—Una sola palabra más, doctor, y lo mato. ¿Doctor Yeng?

—Se trata de...

—¡No! —aulló Lao Ma.

Al mismo tiempo, daba un inesperado salto hacia un lado. La pistola de Marks le siguió, sonó el chasquido del disparo con silenciador, y Lao Ma giró al recibir el balazo. Pero, pese a estar herido mortalmente, todavía llegó con sus manos hasta la pared, donde había un pequeño tablero de mandos eléctricos.

Plop, disparó de nuevo Marks, en el momento en que las manos de Lao Ma calan sobre los mandos. El chino lanzó un alarido..., que se confundió con el de Eva Lamarr. Pero sólo un instante, ya que Eva gritó mucho más y con más terror que Lao Ma, pues la acción de éste, que salió disparado al recibir al segundo balazo, había liberado los miembros y órganos que pendían del techo, los cuales cayeron, de pronto sueltos casi todos, sobre las cabezas de los presentes, en una lluvia sencillamente horripilante.

Una lluvia que alteró incluso al frío espía, que respingó fuertemente cuando sobre el cayeron manos, pies, ojos, brazos... El que menos se alteró allí, realmente, fue el doctor Yeng, que aprovechando la confusión saltó con todo su peso hacia los dos espías, contra los que chocó, derribándolos y rebotando él a su vez hacia atrás, rodando con los órganos de su cementerio, revuelto con miembros, algunos de los cuales se partieron como si fueran de barro seco.

Sentada en el suelo, Eva Lamarr había cerrado por un instante sus ya liberados ojos, pero los abrió en seguida, sobreponiéndose, buscando con la pistola cualquier peligro. De rodillas junto a ella, Reginald Marks, cuyas facciones aparecían un tanto desencajadas, seguía apuntando a Yeng, que a su vez había quedado sentado sobre piezas de su cementerio, rodeado de ellas. La pistola de Marks pareció saltar de pronto, se desvió, y apuntó a Lao Ma, que se había puesto en pie.

Su rostro tenía un color blanco sucio, sus ojos casi saltaban fuera de las órbitas. Dijo algunas palabras en chino, dio un traspiés, y rodó por encima de brazos, ojos y manos, hasta quedar tendido de bruces muy cerca de Yeng.

—Estamos esperando, Yeng —dijo Marks, con voz firme, pero inocultablemente tensa.

—Lo ha estropeado... ¡Lo ha estropeado todo! Mi cementerio, mi cementerio. ¡No ha debido hacer esto! No debió apretar todos los mandos a la vez, no ha debió estropear...

—Podrá arreglarlo más adelante —cortó Marks— Bien: ¿cuál es su juego de espionaje?

CAPITULO IX

—No era mío, sino de él —señaló Yeng a Lao Ma—. Yo le ayudaba porque no tenía más remedio, si quería recibir dinero y material, hombres para estudiar las malformaciones, las deformaciones humanas... Así empecé con esta clínica, con poco dinero. Un día llegó Lao Ma, y me dijo que era médico, también investigador, y que tenía una oferta para mí: podría encontrar unas personas que iban a subvencionar absolutamente todos mis gastos y necesidades, a cambio de que yo permitiese que la clínica fuese un... punto de contacto. No sé si ustedes saben...

—Sabemos lo que es un punto de contacto —asintió Marks.

—Bien... Bueno, la clínica se convirtió en un punto de contacto, así que de la noche a la mañana me vi convertido en director de una clínica con mucho dinero y material para mis investigaciones, todo esto facilitado por el Lien Lo Pou. No me importaba que esto fuese, ocasionalmente, un nido de espías. A fin de cuentas, soy chino, y no tenía por qué molestarme servir al servicio secreto de mi país... Venían aquí espías de todas partes, casi siempre simulando ser enfermos, con la cabeza vendada... Aquí se han sostenido entrevistas de todas clases entre espías del Lien Lo Pou, y entre éstos y de otros servicios. Lao Ma era... el director de escena, él era el gran coordinador. Todo iba bien, porque, de cuando en cuando, me llegaba dinero y material. Uno de mis ayudantes, Ten Yang, se dio cuenta de que algo ocurría, y tuve que despedirlo, bajo la presión de Lao Ma. Ese fue el único contratiempo, hasta ahora...

—Le entendemos bien —dijo Eva Lamarr—. Y no nos sorprende demasiado, doctor Yeng. Nosotros somos espías profesionales. Y por eso nos sorprende que Lao Ma se haya jugado la vida tan estúpidamente, sólo para evitar que este punto de contacto fuese desorganizado. Siempre se pueden montar muchos más... De modo que estoy pensando que quizá últimamente Lao Ma estaba preparando algo tan importante que él consideró que verdaderamente valía la pena jugarse la vida. ¿Qué es ello?

Yeng vaciló, pero sólo un instante.

—¿Qué me importan a mí esas cosas? Sí, estaba preparando algo muy importante.

—¿Relacionado con la última visita de esos cinco hombres del Lien Lo Pou? ¿Y con los portafolios que ellos trajeron esta noche?

—Sí... Si.

—¿Qué contienen esos portafolios?

—No sé bien. . Creo que unas instrucciones, y una lista de armamento americano.

—¿Americano? ¿Quiere decir... de los Estados Unidos?

—Sí. Creo que son excedentes de la guerra de Vietnam. Armamento que quedó en Vietnam cuando los norteamericanos se retiraron por fin.

Marks y Eva cambiaron una velocísima mirada.

—Santo cielo —jadeó Eva Lamarr—. ¡Está usted hablando de un importante arsenal, doctor Yeng! ¿Se da cuenta de eso?

—No entiendo de esas cosas. Pero si usted lo dice...

—¡El arsenal que quedó en Vietnam!... Quedaron alió más de quinientos aviones de todas clases, helicópteros, embarcaciones de todo tipo, carros de combate, piezas de artillería, morteros, ametralladoras, fusiles, subfusiles, granadas, municiones de todos los calibres... ¿Está usted hablando de ese material... que podría armar un ejército?

—Sí, creo que sí.

—Pero... ¡todo eso quedó en Vietnam!

—China consiguió muy buena parte de todo eso, aunque supongo que nadie lo sabe.

Eva Lamarr se pasó la lengua por los labios.

—¿Dice usted que junto con esa lista hay unas instrucciones? ¿Qué instrucciones?

—Me parece que se refieren a la utilización de todas esas armas en Formosa. El Lien Lo Pou piensa enviar todo ese armamento a gente residente en Formosa, pero adicta a la China continental. Con ese armamento norteamericano, debían iniciar allí una contienda... Si algo salía mal, Formosa pediría cuentas a Estados Unidos, no a China. Por eso iban a enviar allá ese material, cuando todo estuviese preparado, todos los hombres de Formosa organizados.

—Es decir, que iban a organizar una guerra... en la que quedarían comprometidos los Estados Unidos. Diese o no resultado total, habrían ocasionado grandes perjuicios al ejército de Formosa, y, en el peor de los casos, los Estados Unidos serían considerados responsables... y directores del asunto.

—Algo así, sí... Algo así era.

Durante unos segundos, reinó el silencio en el tétrico quirófano subterráneo sembrado de órganos y miembros humanos. De pronto, Marks movió su pistola.

—Levántese, Yeng. Va a abrirnos su caja fuerte, y nos entregará esas listas e instrucciones.

—¿Para qué quieren ustedes eso? ¡Si son británicos!

—Bueno, los británicos y los americanos siempre hemos estado en buenas relaciones, de modo que espero que no le sorprenda que queramos informar de todo esto a la CIA.

—Pero... ¿yo podré seguir adelante con mi clínica, con mis investigaciones?

—Por nuestra parte —susurró Eva Lamarr— no habrá inconveniente alguno. ¿Va a abrirnos esa caja o no?

—Sí, lo voy a hacer. Tengo la llave aquí, colgando de mi cuello por una cadena. La abriré y les entregaré lo que quieran... ¡Pero no me impidan seguir

adelante con mi trabajo!

—Ya le he dicho que, por nuestra parte, no habrá inconve...

—Pero sí por la mía —se oyó una risita a espaldas de Eva Lamarr y Reginald Marks.

Casi al mismo tiempo, sonaba el chasquido del disparo, y un pequeño agujero oscuro aparecía en el centro de la frente del doctor Yeng, cuya cabeza fue hacia atrás y volvió adelante, con suave vaivén, sin que el voluminoso cuerpo se estremeciera siquiera. Yeng quedó sentado, con los ojos abiertos, destrozada la cabeza por la parte posterior y un pequeño agujero sanguinolento en la frente. Eso fue todo.

Pero sólo con respecto a él. Con respecto a Eva y Reginald, el chino que éste había ordenado que permaneciese arriba, tenía otras ideas, y muy claras. Apenas había disparado contra Yeng, cuando ya su arma se desvió hacia la amplia espalda de Marks...

Tres cosas sucedieron a la vez: Reginald Marks se desplazó velozmente hacia su derecha, rodando por encima de los restos del «cementerio» del doctor Yeng: el chino de Klom, disparó; Eva Lamarr también disparó, con la pistola de Lao Ma.

Los resultados fueron que la bala disparada por el chino se hundió en una mano reseca mientras Marks seguía rodando, y que la bala disparada por Eva Lamarr acertó al chino por debajo de la barbilla, penetrando allí con blando chasquido y saliendo con seco crujido por lo alto del cráneo, llevándose cabellos, hueso astillado y masa encefálica.

Los dos espías se quedaron mirándose unos segundos. Luego, Marks fue adonde Yeng permanecía sentado, le abrió la ropa, y tiró de la cadenita, hasta que apareció la llave. Con un seco tirón, rompió la cadena, quedándose la llave en la mano izquierda.

—¿Cuántos más vinieron contigo? —preguntó Eva.

—Sólo otro más —se volvió a miraría—. Está en el vestíbulo, vigilando. Klom quería proporcionarme más apoyo, pero le convencí de que sólo con dos hombres, que podían pasar por los compañeros del otro, la entrada sería fácil. Y así ha sido. Lo que ya no será tan fácil es salir.

—Yo... tengo una idea al respecto. ¡Y deja de mirarme!

—Como quieras. El mejor modo de que deje de mirarte es que me ocupe de abrir la caja fuerte. Vamos arriba. Y mientras abro la caja, te expondré mi idea.

—¿Tu idea?

—¿Te sorprende que yo tenga ideas? Vamos, mi amor, seamos consecuentes. No sé cuál es tu idea, pero sí estoy seguro de que no querrás la peor parte para ti.

—Si uno de los dos ha de correr riesgos...

—¿Vas a ser tú, que has dejado de ser hermosa... por fuera? Te explicaré mi idea mientras abrimos la caja. Eres inteligente en grado más que suficiente para decidir si es mejor o peor que la tuya, sea cual sea ésta. Y si es mejor, la

aceptarás. ¿De acuerdo?

—Vamos a abrir la caja.

—Sí.

Subieron al laboratorio-quirófano, y con la ayuda de la llave y la pericia de Reginald para mover el dial, la gruesa puerta quedó abierta en menos de tres minutos. El silencio era total. Marks sacó, en primer lugar, los dos portafolios. Luego, el pasaporte de Eva Lamarr. Después, varios cuadernos de notas, realizadas con caracteres chinos, por supuesto.

—Todo un galimatías —sonrió Marks, tendiendo los cuadernos a Eva—. Toma, guárdalos en uno de los portafolios, si es que puedes abrirlo...

Efectivamente, Eva Lamarr había abierto uno de los portafolios, utilizando de nuevo una horquilla. Papeles y más papeles llenos de caracteres chinos.

—No importa —susurró Eva Lamarr— la CIA lo traducirá todo. Y todavía no me has dicho tu plan...

—Está dicho en un minuto. En el vestíbulo ha quedado uno de los hombres de Klom...

* * *

El chino volvió vivamente la cabeza hacia el extremo del pasillo, apuntando hacia allí con la pistola. En el acto reconoció a Eva Lamarr, quien le reconoció a su vez. Ella casi corrió hacia el chino, llevando los dos portafolios en una mano.

—¡Tenemos lo que el doctor Klom quiere! —exclamó.

—Magnífico... ¿Y el señor Marks?

—Está en la parte de atrás de la clínica, herido…

—¿Herido? ¿Y mi compañero?

—Hubo unos cuantos disparos... Su compañero fue alcanzado por dos balas. Está muerto. Y Reg..., el señor Marks, está malherido. Pero nos va a ayudar a escapar de aquí.

—7¿Cómo vamos a poder escapar? ¡La idea era salir con el doctor Yeng, para que él nos abriese el paso! El jardín está Heno de hombres armados... ¡Nos acribillarán en cuanto salgamos por esa puerta!

—Ya hemos pensado en ello, y hemos hallado una solución. Tengo las llaves del coche —las hizo sonar—. En cuanto nos dejen el camino libre, saldremos corriendo, nos meteremos en él y escaparemos usted y yo.

—Pero...

—¡Venga conmigo!

El chino vaciló, pero la decisión de la mujer le convenció. Fue tras ella, que abrió la primera puerta que encontraron en el pasillo. Entraron en un pequeño despacho-consultorio en el que no había nadie. Tras convencerse de ello, Eva Lamarr apagó la luz y cerró la puerta:

—Sólo tenemos que esperar —dijo.

—Esperar ¿qué? —susurró el chino.

—A que usted oiga como sus compatriotas gritan: «¡Fuego!»

—¿Fuego?

—Reginald va a provocar un incendio en la parte de atrás de la clínica, para que nosotros podamos escapar cuando todos los vigilantes corran hacia allí.

—¡Buena idea! Pero ¿y él?

—Está muy malherido —tembló la voz de Eva Lamarr—. De todos modos, no habría podido escapar.

Pasó un minuto, dos, tres... El silencio era total.

Pero, de pronto, una voz llegó, ahogada, hasta el pequeño despacho.

—Ya está —dijo el chino—. ¡Hay fuego en la parte de atrás de la clínica! ¡Salgamos!

—No. Tenemos que esperar medio minuto, que es el tiempo mínimo que los vigilantes necesitan para reunirse todos allí.

Salieron, corrieron hacia el vestíbulo, y el chino le abrió la puerta a Eva, que salió, bamboleándose, lo más deprisa que podía. No parecía que hubiese nadie en aquella parte del jardín, porque no tuvieron contratiempo alguno para llegar al coche y meterse dentro. Eva tomó el volante tras dar el encendido, y maniobró rápidamente, enfilando el coche hacia las verjas. Por los lados del edificio se veía el rojo resplandor del incendio.

—Baje y abra —ordenó Eva.

El chino apenas vaciló. Saltó del coche, corrió hacia las verjas y alzó el cierre. Las abrió de par en par y esperó allí. El coche se detuvo junto a él Se metió dentro, y miró con aire exultante de triunfo a Eva Lamarr.

—¡Vámonos! —gritó—. ¡Lo hemos conseguido! ¡El doctor Klom tendrá lo que tanto ha deseado!

* * *

El doctor Klom alzó, por fin, la mirada de los signos escritos en uno de los cuadernos, que había estado examinando. Su rostro estaba demudado por la emoción, y le temblaban las manos. Su mirada se posó en Eva Lamarr, que esperaba, rígida, sentada en un sillón del saloncito de la casa de la playa.

—Bueno —sonrió Klom—. Parece que el señor Marks no ha podido salir de la clínica, señorita Lamarr. Si lo hubiese conseguido, ya estaría aquí, ¿no le parece? Ha tenido tiempo de venir, aunque fuese a pie.

—Si —susurró Eva.

—Lo siento por él, pero...

—Mi antídoto —pidió Eva—. ¡Tiene que darme mi antídoto! Yo he cumplido, usted tiene lo que quena... ¡Mi antídoto, doctor Klom, por favor!

—¿No lamenta la suerte..., la mala suerte del señor Marks?

—Sí... Sí, sí... ¡Por supuesto! Pero si él ha muerto, ya no podemos hacer nada... ¡Y yo estoy viva!

—¿Sabe, señorita Lamarr? Usted y el señor Marks me han resuelto un

grave problema.

—¿Qué..., qué problema?

—Mi verdadero nombre es Ten Yang. Hace algún tiempo, yo trabajaba para el doctor Yeng, digamos que era su ayudante más destacado. Pero de pronto, presionado por Lao Ma, Yeng me despidió. Me prometí a mí mismo que volvería a esa clínica... como jefe absoluto de ella. Y eso es lo que voy a hacer.

—Pero... ¡si es un nido de espías, un punto de contacto!

—Lo sé, lo sé... Y he esperado mi momento. He conseguido mi objetivo con toda plenitud. En primer lugar, las notas de las investigaciones de Yeng... Yo colaboraba con él, pero Yeng era muy celoso de su prestigio, nunca decía nada a sus ayudantes. O quizá era que desconfiaba especialmente de mi porque un día, a solas en su despacho, descubrí que la caja donde guardaba sus documentos y el dinero, había desaparecido Por eso yo no sabía dónde guardaba Yeng actualmente sus cosas. Pero ahora las tengo en mis manos. Y todo lo que tengo que hacer es ir ahora mismo a la clínica, hacerme cargo de todo y proseguir las investigaciones de Yeng. ¿Espías? Por supuesto, sé algo de eso. Y si han muerto Lao Ma y Yeng... yo ocupare el puesto de ambos. Cuando los enviados del Lien Lo Pou acudan a ver qué ha ocurrido, les diré que hubo un accidente debido a la disconformidad de un cliente británico, pero que todo va bien. Verán sus documentos con las lisias de armas que he leído, así como determinadas instrucciones, y comprenderán que por esa parte todo va bien.

De modo que, simplemente, yo ocuparé el puesto del doctor Yang, y todo seguirá corno antes. Se cambia Yeng por Yang, eso es todo. Naturalmente, usted será mi más... privilegiada invitada en la clínica.

—¿Quiere decir... que me va a... a retener... en la clínica?

—Por supuesto.

—¡No puede hacer eso! ¡Usted prometió curarme, usted prometió que me daría el antídoto, que...!

—Vamos, vamos, señorita Lamarr... ¿No lo comprende? ¡No existe tal antídoto!

—¡Dios mío!

—¿Sabe usted qué clase de líquido le inyecté? Uno de mi invención, conseguido mientras intentaba adelantar a Yeng en sus experimentos. Sólo que a mí me era mucho más difícil, pues aunque tenía algo de dinero, que por cierto se me ha terminado en la preparación de todo esto, no tenía el talento de Yeng. Estuve secuestrando infelices por la costa de China, e inyectándoles mi suero... Se convertían en monstruos, aún peor que antes. Lamentable. Pero ahora, con la base de las investigaciones de Yeng, podré continuar adelante...

—Dios... Dios mío... ¿Y yo? ¿Y yo?... ¿Qué va a ser de mí?

—Será mi... conejillo de Indias preferido. Compren da usted que no es lo mismo hacer pruebas con un pobre chino que con una persona de su categoría y mentalidad. Y en los momentos en que no esté usted sometida a

experimentos, digamos que será... mi compañera, mi amante. ¡Es usted tan hermosa en su estado natural! Sí, será un placer vivir con usted, en los buenos momentos.

—¿En... los... buenos momentos?

—Por fortuna, mi droga no ocasiona un estado definitivo. A los pocos días de aparecer esas llagas rojizas supurantes, los efectos van cediendo; digamos que las pústulas son los puntos de fuga de los sorprendentes efectos de mi droga degenerativa: la piel explota, el humor degenerativo escapa, y a los pocos días el paciente, el... conejillo de Indias, comienza a reponerse ya rápidamente. Por eso digo que...

—¿Quiere decir... que dentro de unos días... yo volveré a ser... como era?

—Tan idénticamente hermosa como entonces, señorita Lamarr. Y en esos momentos, tendré mucho placer en gozar de su belleza. Y cuanto mejor se porte en esos momentos, mejor la trataré yo cuando esté convertida en uno de mis pequeños monstruos.

—¿No necesito ningún antídoto?

—No.

—¿Me repondré por mí misma, sin droga alguna? ¿Todo mi aspecto, mi estado... es transitorio?

—En efecto. Ya le digo que sin necesidad de hacer nada, los procesos degenerativos terminarán..., mejor dicho, comenzaron a remitir cuando le salieron las llagas.

Eva Lamarr cerró los ojos. Había en su boca un rictus de dolor, de miedo, un estremecimiento de espanto.

—No sé cuánto tiempo tardaré en olvidar esto —susurró, con voz casi temblorosa—. Quizá sienta terror todavía dentro de unos años, doctor Klom, cuando recuerde todo lo que he visto, cómo fui en cierta ocasión... No sé si lo que siento por usted es un odio infinito, pese a que no me gusta odiar, no quiero odiar a nadie... Ni siquiera a usted. No, no quiero odiarle..., pero no puedo permitir que un ser con la mentalidad de usted siga viviendo.

—¿Qué dice? —exclamó Klom, casi riendo.

—Digo que aunque a mí me esperen todavía años de horror al recordar lo que ha pasado, haré lo posible por olvidarlo. Y desde luego, no puedo permitir que usted continúe con sus proyectos... Con ninguno de sus proyectos. Mátalo, mi amor.

—Pero ¿qué...?

Klom giró, desconcertado, y recibió en plena boca la bala disparada por Reginald Marks desde la puerta del salón de la casa de la playa. Todavía estaba el hombrecillo saltando en el aire con la boca y la parte posterior de la cabeza destrozada, cuando ya la pistola de Marks apuntaba a los dos chinos, que quedaron como petrificados en su gesto de sacar la pistola.

—Pueden elegir entre morir... o ir a decirle al Lien Lo Pou que sus planes están ya camino de la CIA —susurró Eva Lamarr—. ¿Qué es lo que prefieren?

Verdaderamente, era una pregunta que sólo tenía una respuesta.

* * *

—¿Y qué respuesta les va usted a enviar, señor?

El hombre que tenía el telegrama en las manos frunció el ceño. Acababa de llegarle el telegrama, procedente de Singapur, y en parte se había tranquilizado, porque no era frecuente que sus dos mejores agentes desaparecieran sin dejar rastro, y sobre todo, que no se presentasen al término de sus días de permiso.

El telegrama recibido decía:

> «Besos desde Singapur Stop Pronto tendrá más noticias nuestras Stop Explicaciones al término del viaje Stop Hasta pronto Besos de los monstruos
>
> «Marks-Lamarr»

—Qué respuesta ni qué demonios —masculló por fin el hombre del servicio secreto de Su Majestad—. ¡Ni siquiera sé dónde están en estos momentos!

—¿Qué querrán decir con eso de «monstruos», señor? —preguntó intrigadísimo su ayudante.

—¡Y yo qué sé!... Supongo que se refieren a que son los «monstruos» sagrados de nuestro servicio. ¡Muchos humos y vanidad es lo que tienen!

—Quizá sea eso... ¡Caramba, me pregunto qué demonios estarán haciendo en Singapur, o por ahí, por Oriente...!

—A mí, lo que me tiene perplejo es el hecho de que estén juntos Marks y Lamarr. Jamás se me habría ocurrido pensar que... Vamos, que eso es lo que me intriga: ¿Qué hacen juntos Lamarr y Marks?

ESTE ES EL FINAL

Reginald Marks separó, por fin, su boca de la de Eva Lamarr, que suspiró fuertemente y se abrazó a su cuello, dejando de acariciarle la espalda.

—¿Qué hora es? —susurró Lamarr.

—Para lo que nos importa...

—Me gustaría... saber qué hora es, y ver el sol. ¿O todavía es de noche? ¿O me he quedado ciega... y jamás volveré a verte?

—Un momento —gruñó Marks—. Fuiste tú quien quiso que cerrásemos puertas y ventanas y que quedásemos a oscuras, porque todavía no estabas... como antes. Así que no me vengas ahora con tragedias griegas hablando de cegueras y cosas así.

—¿Qué tiene que ver la ceguera con una tragedia griega?

—Yo me entiendo.

Las voces sonaban en la oscuridad. ¿Qué hora era, qué día era...? Poco importaba. Abrazados en el lecho del bungalow que habían, alquilado en Honolulú, los dos espías no necesitaban verse... ¿O sí?

—Me gustaría... que abrieses la ventana —musitó Lamarr.

—Que conste que es deseo tuyo.

Marks saltó de la cama y se dirigió a tientas hacia donde estaba la ventana. Exacto. La abrió, colocó las persianas de modo que entraron unas franjas de sol. Afuera, el día luminoso, las palmeras, el mar azul salpicado de larguísimas olas coronadas de espuma...

—¿Qué pasa? —Oyó la voz de Lamarr— Por qué no te vuelves a mirarme?

—El paisaje es maravilloso. Y como estoy seguro de que hoy ya estarás completamente recuperada, podremos ir a la playa, y...

Marks se había vuelto mientras hablaba. Quedó silencioso, mirando fijamente a Laman. Ella se sentó en la cama, se miró los senos, perfectos, turgentes, henchidos... El continuaba mirándola, y ella se pasó las manos por la cara, temblando un poco.

—¿Qué..., qué...? ¿Por qué me miras así...?

—Nada de playa —gruñó Marks.

—¿Tan... tan horrible estoy... todavía?

—Todo lo contrario —rió él de pronto, saltando sobre la cama y apoderándose ávidamente de su cuerpo—.

—Estás tan hermosa, que te quiero sólo para mí..., mi bella monstruo.

FIN